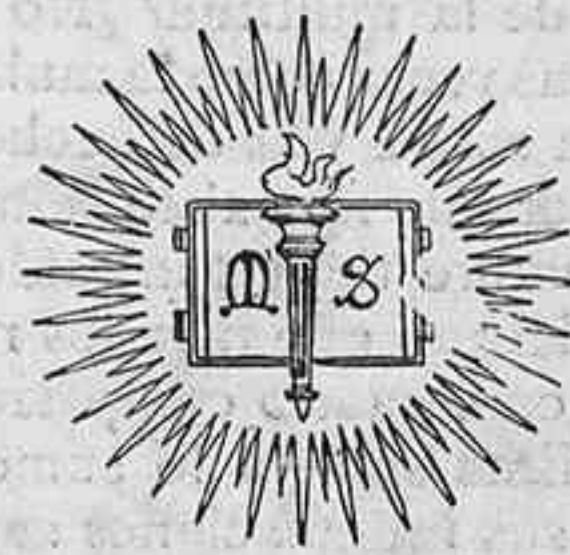


# La Ilustración

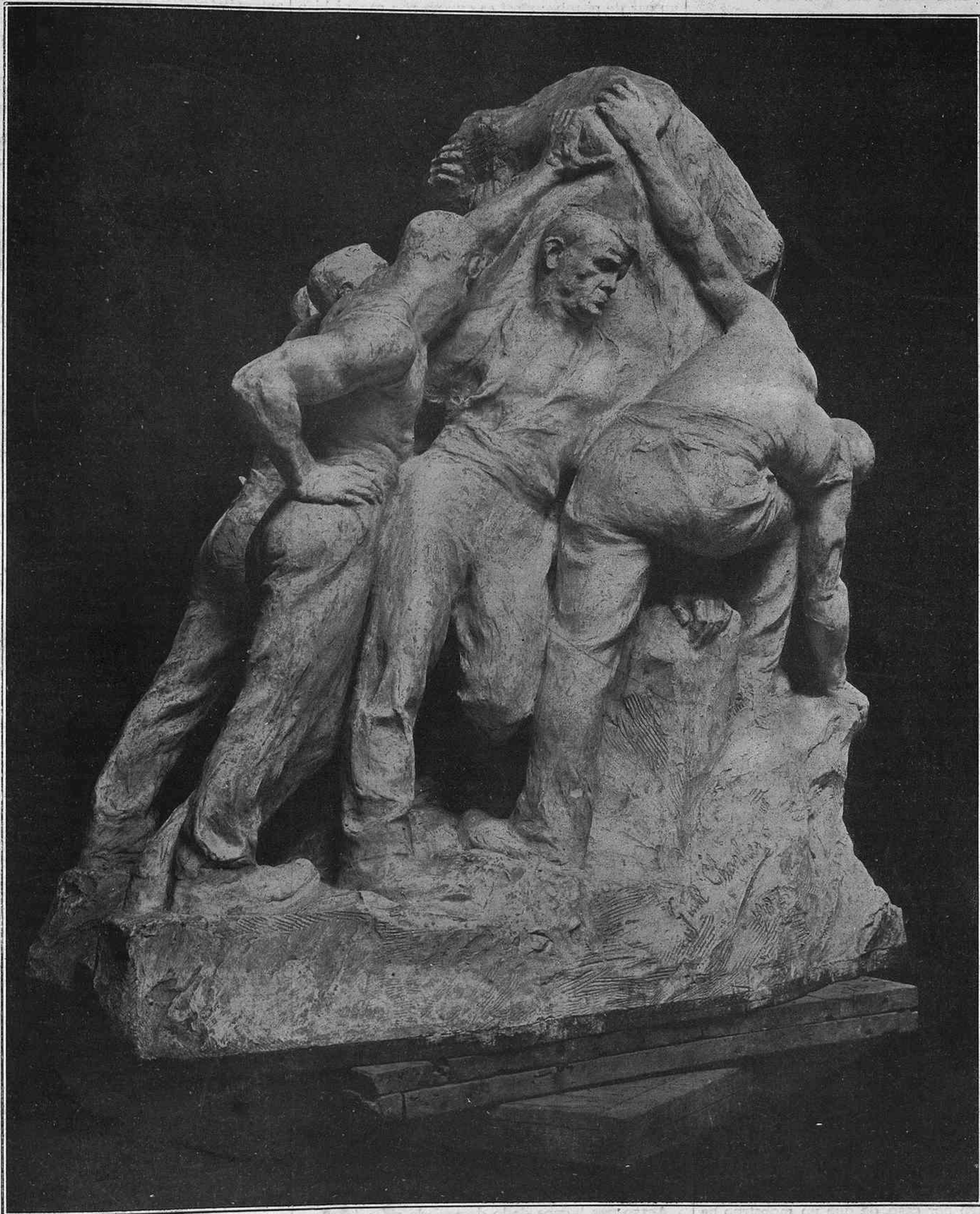


# Artística

AÑO XXVII

BARCELONA 23 DE NOVIEMBRE DE 1908

Núm. 1.404



EN LA CANTERA, grupo escultórico del renombrado artista belga Guillermo Charlier



## SUMARIO

**Texto.**— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El beso*, cuento de Alfonso Pérez Nieva. — *Las últimas obras del escultor belga Guillermo Charlier*, por A. García Llansó. — *Antigüedades hispánicas artísticas*. — *La navegación aérea*. — *Un banquete monstruo*. — *La catástrofe de las minas de Hamm*. — *El emperador y la emperatriz de la China*. — *La primera alcaldesa de Inglaterra*. — *Miscelánea*. — *El gran duque Alejo de Rusia*. — *El vellocino de oro*, novela ilustrada (continuación). — *Una aldea edificada en las copas de los árboles*, por W. G. Fitz Gerald. — *Un pergamino artístico*. — Libros recibidos.

**Grabados.**— *En la cantera*, escultura de G. Charlier. — Dibujo de H. M. Paget que ilustra el cuento *El beso*. — *Monumento á T. Verstraete*, obra de G. Charlier. — *Dalmática, casulla y capita de plata de la catedral de Sigüenza*. — *Guillermo II y el conde Zeppelin*. — *Santos Dumont y su aeroplano*. — *Banquete monstruo en Roma*. — *La catástrofe de las minas de Hamm*. — *Las elecciones presidenciales en los Estados Unidos*. — *Tsu-Shi y Kuang Su*. — *Mrs. Garret Anderson*. — *El gran duque Alejo de Rusia*. — *Una aldea edificada en las copas de los árboles*. — *Pergamino artístico*, obra de A. Sauri-Sirés. — *Medalla regalada á Sarasate*, obra de A. Rohlberger.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Jamás he podido explicarme—¡pero son tantas las cosas que no logra uno explicarse en su vida!—por qué se avergüenza una población ante el hecho de que en su recinto se verifique una ejecución capital.

Que se experimente una impresión de tristeza, que se excite la sensibilidad, si es natural: porque son las especies sensibles las que determinan los movimientos del ánimo, y la idea de una ejecución va acompañada de una serie de representaciones que nada tienen de alegres y pueden y deben mover á piedad y á compasión. Pero ¿vergüenza? Eso sí que, mírese por donde se mire, no se entiende. Concibo, en una ciudad, avergonzarse del mal estado del piso, ó de las deficiencias en las escuelas, ó...

¿Es que las poblaciones tienen la pretensión de que en su recinto no ha de nacer un criminal, ó que si nace, ha de elegir cuidadosamente otro lugar para llevar á cabo sus fechorías? ¿Es que suponen que si viene un criminal de afuera, no debe tener la desfachatez de cometer el crimen en la ciudad? ¿Es que el cometerse en una ciudad un crimen supone algo en contra de dicha ciudad? ¿Es que no se han cometido, cometen y cometerán (si Dios no lo remedia) crímenes en todas partes?

Y lo donoso consiste en que el crimen, propiamente el crimen, no es lo que abochorna: si nos atenemos á las noticias corrientes, lo que hace el crimen es consternar... La vergüenza y el sofoco empiezan (sigo refiriéndome á las noticias) cuando la ley ha dado su fallo y el reo está próximo á sufrir su castigo.

Nótese que estas protestaciones de vergüenza por el castigo son iguales, trátase del crimen de que se trate, así sea éste el más atroz y horrendo que la mente humana, estremecida, horripilada, pueda concebir. Es decir, que la impresión de la vergüenza se contrae y reduce á la contingencia penal. Si los criminales más audaces y feroces se desatasen dentro de una ciudad y cometiesen los excesos más brutales y no dejasen á nadie á vida, los moradores de la ciudad no tendrían por qué sentir vergüenza, reservándose experimentarla cuando á alguno de esos tigres en forma humana le fuese aplicada la pena merecida cien veces...

Meditando en este extraño fenómeno, que de nuevo me llama la atención con motivo del fusilamiento del carabainero Zorrilla, he venido á preguntarme: ¿pero será verdad todo eso de la vergüenza de las ciudades? Porque siento, como diría *Azorín*, una vaga y tenue sospecha de que pudiera ser uno de tantos *traisimos*, una de tantas mentiras convencionales que se repiten un día y otro día, y no por eso adquieren consistencia, al contrario.

Los periódicos lo dicen, creyendo contribuir así á que se otorguen los indultos; pero en ningún periódico habrá nadie que esté persuadido de que es menuda para Granada ó para Sevilla, verbigracia, que en sus muros, ó dentro de su cárcel, se alce el patíbulo, dado que tampoco fué padrón de ignominia el que se cometiese el crimen que ocasiona la ejecución.

Jamás he oído á nadie expresar—á título de ciudadano—el menor bochorno por tal causa. Y creo que si alguien lo hiciese, si no nos reíamos á carcajadas, al menos nos sonreiríamos. Imagínense ustedes á un honrado droguero, á un pacífico rentista, á un excelente marinero ó cargador de los muelles de Marineda, cubriéndose de rubor porque cada cien años ó doscientos es agarrotado un reo en la ciudad.

Otro error común, otra verdadera leyenda, me parece lo de la indignación de las multitudes. Se da la noticia, pongo por caso, de que un monstruo ha estrangulado á una criatura, un hijo ha despachurado los sesos á un padre, una madrastra ha mechado á una niña, un enamorado (!) ha rebanado el pes-

cuello á su dulce prenda; y á renglón seguido, indefectiblemente, se añade que la multitud indignada quiso lincharles, no consiguiéndolo gracias á la intervención de los agentes de la autoridad... Y al punto me ocurre: ¡milagro! Los agentes de la autoridad, que no suelen lograr evitar que suceda nada malo, ¿evitan con seguridad matemática estos arranques de fiera de la multitud? ¿No es rara casualidad que de tantas veces como la multitud se indigna, no llegue ni una sola á vías de hecho? ¿No será más verosímil suponer que no existe semejante alboroto, que la muchedumbre tiene contraído para estos casos igual escepticismo que para los restantes, que no va más allá del comentario compasivo ó censorio, y que las hortalizas son—á lo sumo—el arma y el instrumento de sus indignaciones supremas?

Hablar de la ley de Lynch aquí, es algo semejante á lo que muy donosamente decía Luis Taboada de los señoritos anglófilos, que se untaban la cara con manteca para oler á desayuno inglés. Esa ley vigorosa y brutal, hija de la brutalidad y del vigor de un pueblo joven y enérgico, nos caería como á un Cristo un par de pistolas; y así es que no nos cae, ni bien ni mal, y que no veremos aquí un lynchamiento para un remedio, así vivamos más años que Matusalem.

Descontemos, pues, la indignación, la vergüenza y otras menudencias que podrían descontarse, y convengamos en que la psicología de las multitudes aquí ha cambiado de todo en todo, desde los tiempos en que se arrastraba por las calles, atándoles una soga á los pies, á los reos políticos—nunca á los reos de delitos comunes, conste.

Indefectiblemente, esas multitudes tan indignadas al conocer el crimen, se inundan de piedad y misericordia al saber, no ya que un reo ha sido condenado á muerte, sino sencillamente que va á verse su causa. El que antes era el enemigo del género humano, se convierte en el pobrecillo, desgraciado y, esto es infalible, desequilibrado, perturbado, irremediable. La opinión gira sobre sí misma con mayor facilidad que un trompo. Y yo juraría que no ha girado; que ni al principio existía verdadera cólera vengadora, ni mucho menos hay después ese derroche de sensibilidad. Cada cual va á sus asuntos; algunas comadres del barrio charlan entre sí; el abogado defensor bate unas cuantas pompas de jabón y las lanza al aire, para lograr la satisfacción de amor propio de sacar absuelto ó indultado, si le condenan, á su defendido; y aquí paz y después gloria... ó lo que fuere. Estamos en el secreto.

Mientras en la tierra se dificulta cada vez más la conquista del sentido común, la conquista del aire parece lograda.

Lo que se pensó obtener por medio del globo, va á conseguirse por el aeroplano. ¡Llor á los valerosos, infatigables aviadores, que con quebranto de su hacienda, con riesgo inminente de su vida, con sacrificio de ella tantas veces, se han acercado á este descubrimiento de incalculable trascendencia!

Honran á la humanidad estos generosos pilotos de los aeroplanos, los Wright, los Farman. No han conseguido todavía el triunfo definitivo; pero se cree, y afirman los inteligentes, que en principio está resuelto el problema, y que todo es ahora cuestión de ensayos reiterados, de continuas tentativas para aprovechar y ensanchar el terreno conquistado ya para la magna empresa. Es una victoria del ideal, pues ciertamente sólo un idealismo pudo guiar á los primeros luchadores; ahora vendrá la realidad á grabar su sello y á transformar á los Icaros soñadores en prácticos é industriales. Se organizarán los viajes aéreos—el *sport* aéreo ya se ha organizado.—En Lila, un grupo de jóvenes deportistas, haciendo una infidelidad á la motocicleta y al artilugio trepidante, han fundado una escuela de vuelo.

En el enorme patio de una antigua fábrica abandonada instalaron su campo de maniobras. El aprendiz de aviador se eleva en un aeroplano, sujeto á una cuerda de unos cien metros de longitud, á una altura de unos diez metros del suelo; se pone en movimiento el aparato por medio de un alambre sujeto á un tractor, y ya en el aire el neófito, maneja las palancas que mueven los planos, para aprender los movimientos que le permitan subir, bajar, virar, tornar, cosas todas que me figuro en extremo difíciles; verdad es que yo nunca hubiese inventado el aeroplano, ni siquiera el molinillo de chocolate.

Esto quizás acrecienta mi admiración hacia los inventores, descubridores y científicos en general. Nada admiramos tanto como aquello que nos sentimos radicalmente incapaces de hacer.

Acaso nos hemos dado demasiada prisa á cantar el triunfo del aeroplano sobre el globo dirigible. Leo que también el *Clement Bayard* se luce estos días, evolucionando en París, á vista de todos, durante

cinco horas, asombrando por la precisión de sus maniobras y la seguridad de su marcha. Y en Alemania, otro dirigible, el *Parsifal*, piloteado por el capitán von Keller, estuvo en el aire largo tiempo y sólo descendió al levantarse una espesa niebla que le ponía en peligro. El ministro de la Guerra lo ha comprado y ha pagado por él la bonita suma de trescientos setenta mil francos. Y de Nueva York—¿de dónde había de ser?—nos llega la noticia—espero que no será filfa ó *humbug*—de hallarse establecida una Sociedad para fundar el servicio de globos dirigibles para el transporte de viajeros y mercancías entre aquella capital y Boston. Se calcula que empezará á prestar servicio la línea de dirigibles hacia el 1.º de marzo próximo.

Así las gastan. Y nosotros, entretanto (en este rincón de España, bonito como pocos), nos dedicamos á calcular, no cuándo se abrirá á la explotación y al tráfico, sino cuándo se decidirán á construir cierto brazo de ferrocarril que ha de unir á Santiago de Compostela con la Coruña—Marineda de Cantabria,—hoy comunicadas por medio de diligencias y automóviles.

Y á la vez que pensamos, como se piensa en algo poético é irrealizable, en tal ferrocarril, y en otros análogos, que nunca veremos probablemente, nos interesamos por las peripecias de una captura de bandidos, lo mismo que nos habíamos interesado por la horrenda fazaña de éstos en el tren, al asesinar á los guardias encargados de su custodia. Aquel fué el clásico día de la «indignación»; ahora se acerca (ya lo verán ustedes) el del apiadamiento, y si hay que cumplir en esos *outlaws* una sentencia severa y justa, vendrá el día del gran bochorno y sofoco en la ciudad donde se haya de llevar á efecto..., que creo que es Sevilla, y ya anuncia la prensa que se disgustaría hasta lo sumo el vecindario si tal cosa acaeciese...

Dícese que los bandidos se encuentran en un estado de abatimiento profundo. He aquí una desilusión. Yo no les regateo á los bandidos su aureola romántica, con tal que se muestren, hasta la última hora, desdeñosos de la vida, según se mostraron, es tradición, los grandes anárquicos, los guapos de oficio, que al empezar á ejercer uno tan peligroso van bien convencidos de que no morirán en su cama y bebiendo cocimientos de flores cordiales. El *Cojo* y el *Conejero*, tiritando de miedo y preguntando á cada instante cuándo se les va á ejecutar, me parecen la grotesca caricatura de aquel bandidaje español tan pintoresco, el que inspiró á los Merimée, á los Gautier, á los Dumas, el que tenía el colorido de las panderetas y los madroños, el que la guitarra rasgueaba, la manzanilla perfumaba, los cantares realizaban y hasta el amor meridional de las Carmenes coronaban con nimbo de fuego... Y si el desalmado no es valiente como el Cid, ¿qué le resta?

Cubiertos de sangre, cargados de delitos, los bandidos que perpetúan en nuestra patria la leyenda roja tendrían lo único que de estético pueden tener, si vieses venir la muerte como se ve venir á la amiga y libertadora, con la cual ha familiarizado al *guapo* el continuo riesgo. Quien tan fácilmente da la muerte, con igual facilidad debe arrostrarla, ¡qué diantre! No eran obras de caridad aquellas en que se emplearon los bandidos presos, para que esperasen terminar sus días de otro modo; y al menos, el *tal morir* les elevaría un poco, les prestaría la bárbara belleza compatible con su situación, profesión y aventuras...

Es, lo repito, una decepción, que sentimos en el alma los aficionados al color local, los que todavía, con el instinto, gustamos de la España de Roque Guinart y Candelas, aunque, claro está, nuestra razón prefiere á la España seria, industrial, laboriosa y apacible, en progreso constante y en mayor dignidad ante Europa. Si de nosotros dependiese, ya se deja entender que no habría bandidaje, y en cambio nos inundarían los aeroplanos y los ferrocarriles; no es culpa nuestra si reviven José María y otros famosos reyes de los campos andaluces; mas ya que resurge este tipo tan arrancado de la entraña hispánica, no nos gusta bastardeado y rebajado hasta la miseria del temblor.

Con su temblor y su decaimiento, nos quitan esos saltadores el recurso de repetir una vez más lo que acaso forme parte de los errores comunes: que, colocados en otras circunstancias, los que hoy son bandidos serían héroes. Visto está que no lo serían...

Todo degenera, diríamos, si no temiésemos caer en la charca de otra trillada y resobada afirmación, según la cual ya no hay toreros, ni cantantes, ni autores dramáticos, ni castañeras que sepan cocer las castañas como se cocían en tiempos de D. Ramón de la Cruz...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



EL BESO, CUENTO DE ALFONSO PÉREZ NIEVA. Dibujo de H. M. Paget

*El sabio doctor, un hombre de bigote comenzado á encanecer, joven aún, con esa segunda juventud reflexiva de la madurez de la vida, y su hija, una dulce doncella con todo el candor y la ingenuidad de la pri-*

*ta para descansar).—¡Está riquísima! ¿Y tu padre y tu hermano?*

*RAPAZA.—Están los dos al maíz para cogerlo antes de que llueva.*

*de cuartillas, algún bisturí. El sabio acaba de sacar de una camarita frigorífica, colocada en una mesita auxiliar, un cerebro humano, un pobre cerebro de hospital, símbolo de una vida y de un dolor ignorados, y*



Llega junto á su padre, tocándole suavemente en un hombro

*mavera de su existencia y á la que su padre mira con esa mirada doblemente cariñosa con que se envuelve á los hijos sin madre, como si en la intención de los ojos resplandeciera, además del propio amor paternal, el amor de la que para siempre se fué. Regresan de su paseo habitual por el campo en una serena tarde de otoño y llegan al caserío á orillas de la carretera, delante del cual, sentada en un poyo de piedra junto á la puerta, les ve acercarse una rapaza como de ocho años, descalza, blanca y rubia y con ese tostamiento que da á la piel el continuo permanecer al aire libre.*

*RAPAZA (levantándose cuando llegan y con una simpática voz un poco temerosa).—¡Buenas tardes, señorita Luisa! Madre no está; se ha ido á lavar al arroyo. Ese mamón de Antonio es tan cochinito, que no hay ropa que le baste, y como en casa no somos marqueses y tenemos pocos pañales... Pero ya ha dejado ordeñada la leche de la Pinta; todavía no se habrá enfriado y ahora mismo voy á sacársela. (Entrase rápidamente, con un trotar de corza, en el caserío.)*

*LUISA (encantada del charloteo infantil de la campesinilla, pizpireta como una ardilla).—¡Es monísima esta chicuela!*

*DOCTOR.—¡Y muy lista!*

*RAPAZA (saliendo con un vaso rebosante de leche espumosa aún, que procura no verter trayéndolo en equilibrio entre sus dos manos).—¡Aquí lo tiene usted calentito!*

*LUISA (apurando el vaso y suspendiéndolo á la mi-*

*LUISA (termina el vaso y se lo entrega á la rapaza).—¿Tú ya sabrás ordeñar también?*

*RAPAZA.—Sí, señorita; pero padre no me deja porque dice que aprieto mucho y le hago daño á la vaca. ¡Vaya, señorita, que aproveche!*

*LUISA (con entusiasmo).—¡Qué mohín tan gracioso! Está pidiendo un beso.*

*DOCTOR (con prontitud).—¡No, déjate de besos! ¡Qué pronto te has olvidado de lo que te he dicho, de los modernos descubrimientos de la ciencia! ¿No sabes, desgraciada, los verdaderos peligros que corres? ¿No sabes que el beso, aun el de las bocas más pulcras, es un verdadero nido de microbios, un transmisor activo de todos los contagios? Lee las estadísticas y verás los males terribles que el beso acarrea. Después de todo, ¿qué necesidad hay de besar? El beso no es sino uno de tantos convencionalismos... En vez de un beso, da, pues, á esta chicuela un par de perros para ella, sobre lo que cuesta el vaso, y le vendrá mejor.*

*LUISA (pagando la leche).—Bien, bien, respeto tus escrúpulos, en tu boca tan autorizados; pero me voy con ganas de darle un beso.*

*Gabinete de trabajo del doctor. En la gran mesa de las vigiliat, testigo de las visitas nocturnas, testigo de las batallas de un pensamiento, multitud de libros, algunos infolios antiguos y las últimas revistas antropológicas. Tintero, lápices, un microscopio, un montón*

*seccionándolo hábilmente con un escalpelo, lo examina con la lente.*

*DOCTOR (interrumpiendo el examen para escribir en las cuartillas, reanudándolo de cuando en cuando y tornando á su escritura).—¡Oh, sí, sí! No me cabe duda. ¡El cilindro eje, sublime papel, el cilindro eje! Ese es el Sésamo de la verdadera verdad. (Pausa.) En estas neuronas en que se produce el pensamiento, con una gestación de abeja escondida, maravillosa labor renovatriz, se producen también las impresiones conscientes, vulgarmente llamadas sensaciones, y como la vida es toda sensación, el cerebro no es más que una cinta de película cinematográfica, una sensación sin fin...*

*(Pausa.) ¡Qué tesis tan profunda podría constituir esta consecuencia, encerrada en una simple pregunta: «¿Qué es el sentimiento?» Porque la conclusión de tales premisas, como única y lógica, es la de la existencia de la sensación, existencia real y tangible, por decirlo así. Todo cuanto se añada parece falso, hipotético, imaginativo, sueños de poeta que no deben servir de base á una investigación científica y que han creado esa palabra dulce y que en el fondo nada encierra: sentimiento, por lo menos tal como los idealistas la han dado carta de naturaleza. Su acepción científica define su esencia, el medio de percibir con los sentidos las impresiones de los objetos. Podría avanzarse más, podría considerarse como una exteriorización de la sensación...*



(Pausa.) Pero no perdamos el tiempo en divagaciones que me apartan de mi objeto principal: señalar la importancia en la fisiología del cerebro, de los cilindros ejes, constitutivos de la substancia gris y elemento esencial é integrante de las funciones de relación. ¡Ah sabiduría de la naturaleza, misterios de la naturaleza descubiertos por el microscopio dirigido por el raciocinio, que es otro microscopio eterno creado por Dios! (Pausa. Consulta varios libros y escribe con rapidez en una cuartilla.) Quizás no voy á añadir nada nuevo ó voy á añadir muy poco en esa áspera labor de la especulación científica, pero un átomo de conocimiento en la ciencia es un paso más hacia la suprema luz. (Se queda meditabundo con la frente apoyada en una mano y en actitud de profunda abstracción. Un reloj da las dos de la madrugada en una habitación inmediata.)

Abrese sin ruido una puerta y bajo su dintel aparece una suave figura de jovencita, la de Luisa, que con un libro en la mano se detiene un instante suspensa y al cabo avanza á pasos quedos, sin alzar el más leve rumor, hasta llegar junto á su padre, tocándole suavemente en un hombro.

LUISA (con voz tenue). — ¡Papá!

DOCTOR (levantando bruscamente la cabeza). — ¿Qué? ¿Quién es? ¡Oh! ¡Eres tú! ¡No te he sentido llegar! ¿Dónde vas á estas horas? ¡No te creía ya en pie!

LUISA. — Me he entretenido leyendo esta novela tan interesante, y cuando me iba á acostar he visto luz en tu cuarto y he entrado en ganas de darte las buenas noches... y de echarte un poco de sermón.

DOCTOR. — ¡Sermón!, ¿por qué?

LUISA. — Por estas atracciones de estudiar que te hacen pasar las noches de claro en claro... ¡Vas á caer enfermo! Verdaderamente es incomprendible lo que sucede; los médicos sois las personas que menos os acordáis de la higiene.

DOCTOR. — ¡Es verdad, pero quería acabar hoy mismo mi opúsculo que

he de leer mañana sin falta en el Ateneo. Ya está la cosa vencida, sólo me faltaban dos cuartillas finales que escribiré en un dos por tres y enseguida me acuesto.

LUISA. — ¿Y estás satisfecho?

DOCTOR. — ¡Satisfechísimo! Creo que he conseguido dar novedad á mi tesis...

LUISA. — La satisfacción te rebosa en la cara.

DOCTOR. — ¡Pienso que mi memoria haga ruido!

LUISA. — ¡Pues el undécimo no estorbar!

DOCTOR. — ¡Tú no me estorbas nunca!

LUISA. — Pero te robo el tiempo. Conque que acabes pronto y á tu gusto esas dos cuartillas. ¡Buenas noches! (Se aparta de su padre y se dispone á retirarse deteniéndola él, agarrándola de la falda.)

DOCTOR. — Te vas así... sin...

LUISA. — Sin que...

DOCTOR (vacilándole la voz). — Sin... dame un beso...

LUISA (con gran extrañeza, en el fondo un poco fingida). — ¿Cómo? ¿He oído mal? ¡Un beso! ¿Tú, el

eco de esas terribles teorías de contagios transmitidas con los labios, me pides un beso?

DOCTOR (algo confuso). — ¡Bah! ¡Por una sola vez! Además tus besos no tienen microbios, y si los tienen son microbios buenos, verdaderos leucocitos que destruyen las toxinas del alma!

y las aspiraciones de la sociedad en que vivimos. En tal caso hállanse sus obras *Plegaria* y *Miseria*, *Un voto*, el *Dolor maternal*, el *Abuelo*, *Los ciegos* y *Los canteros*, que reproducimos en la primera página de esta Revista, hermoso y concienzudo estudio en el cual representa el artista á los obreros, desnudo el vigoroso torso, aunando sus esfuerzos para mover el pesado bloque que acaban de arrancar de las pétreas entrañas.

Mención especialísima merece también el monumento recientemente dedicado á enaltecer la memoria del célebre paisajista belga Teodoro Verstraete, á quien tanto debe la moderna escuela pictórica flamenca. Charlier, separándose por completo de los antiguos moldes, ha procurado representar al artista en acción, colocándole en el lugar en donde pintó sus más celebrados cuadros, en ese *Campine*, antes terreno arenoso é ingrato, convertido en vergel gracias á incesantes trabajos, en esa comarca que fué antes ingrata y facilitó al insigne pintor el tema para ejecutar su obra magistral *La noche de difuntos en Campine*.

Tales son las obras del escultor Guillermo Charlier y tal es el artista que, á pesar de la reputación adquirida, da señaladas muestras de su valía y su modestia, ya que sólo aspira á procurar el engrandecimiento artístico de su país, á la consideración de sus conciudadanos y al afecto de sus amigos.

A. GARCÍA LLANSÓ.

## ANTIGÜEDADES

### HISPÁNICAS ARTÍSTICAS.

Testimonio de la piedad de nuestros mayores son los hermosos templos que ostentan las principales ciudades de España, soberbios ejemplares de los estilos arquitectónicos más puros. Y no es sólo la magnificencia y la grandiosidad de sus fábricas lo que tal piedad atestiguan; atestiguanla asimismo los valiosos tesoros que en ellas se guardan, valiosos por su riqueza unos, por su interés histórico otros y todos ellos joyas inestimables desde el punto de vista artístico.

Nuestras imponentes catedrales son en este concepto verdaderos museos; pero aparte de ellas, es grande el número de las iglesias, no solamente de las ciudades populosas, sino también de las más solitarias aldeas, en donde se admiran obras notables del arte en sus más diversas manifestaciones.

Como muestra de esas joyas artísticas reproducimos en la siguiente página una casulla y una dalmática del terno llamado de San Eugenio, de la catedral de Toledo, y una cajita de plata de la de Sigüenza. La casulla y la dalmática están adornadas con bordados preciosos que representan figuras de santos y artísticos ornamentos, y entre los recamados de oro se ven ricas y numerosas perlas; el terno de que forman parte sólo se usa el día de San Eugenio y fué regalado á la catedral por el cardenal Alfonso B. de Fonseca en 1530. La cajita ostenta primorosos relevados y cincelados; es obra de autor desconocido y constituye un ejemplar bellísimo de la orfebrería española del siglo xvi.



Monumento al pintor belga Teodoro Verstraete, obra de Guillermo Charlier

*Padre é hija cambian un beso ternísimo, y luego Luisa sale de la habitación sonriente, mientras el doctor, tornando al trabajo, requiere las dos últimas cuartillas de su opúsculo.*

### LAS ÚLTIMAS OBRAS DEL ESCULTOR BELGA

GUILLERMO CHARLIER

El nombre de Charlier hállase unido al de los artistas que con su esfuerzo han logrado llevar á cabo la evolución que tanto enaltece á la escultura flamenca. Algunas de sus más importantes obras produjeron viva impresión en el certamen artístico de esta ciudad celebrado en 1894, y una de ellas, titulada *Inquietud maternal*, augusta representación de la madre, figura en el Museo municipal de Barcelona. Quien examine sus producciones podrá convenirse de que el distinguido escultor á que nos referimos es un artista psicólogo, dotado de un espíritu de observación que le permite representar los dolores

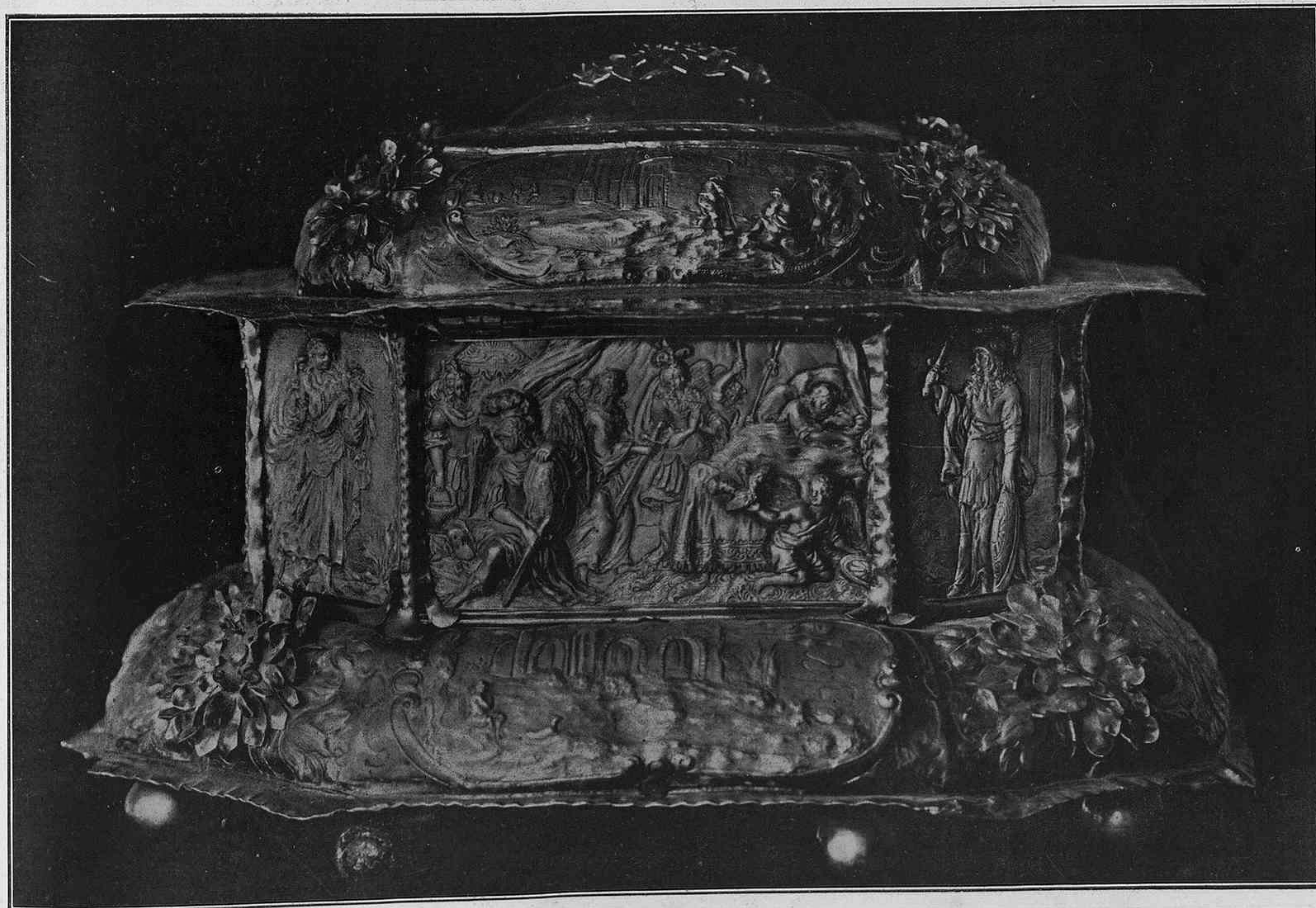




Dalmática del terno de San Eugenio (siglo XVI)  
de la catedral de Toledo



Casulla del terno de San Eugenio (siglo XVI)  
de la catedral de Toledo



Cajita de plata que se conserva en la catedral de Sigüenza (siglo XVI)



## LA NAVEGACIÓN AÉREA

El conde Zeppelin prosigue con éxito cada vez mayor las pruebas del nuevo globo que lleva su nombre, como todos los anteriores. El día 7 de este mes efectuó una ascensión con el príncipe heredero de Alemania; á las once de la mañana salió el aeróstato de Nieschafen, y permaneció en el aire hasta las seis de la tarde, en que descendió en Manzell.

Aquel mismo día el emperador Guillermo II, procedente de Viena, llegaba á Donaueschingen, castillo del príncipe de Fürstenberg, y en el momento en que el tren que le conducía entraba en la estación, cerníase encima de ésta, á una altura de 150 á 200 metros, el *Zeppelin*, desde cuya barquilla le saludaron su hijo y el conde.

Poco después, hallábase el soberano en la terraza del castillo, y allí recibió una carta que desde el aeróstato le arrojó su hijo; y más tarde, habiéndose embarcado Guillermo II en un vaporcito, los aeronautas descendieron al sitio en donde estaba la embarcación y volvieron luego á elevarse y á continuar su excursión aérea.

El día 9, el *Zeppelin* realizó otra ascensión llevando á bordo al príncipe de Fürstenberg, á la princesa y á un general prusiano. El globo estuvo evolucionando durante dos horas y media sobre el lago de Constanza, y terminada la prueba, el emperador, que desde un vapor había presenciado las evoluciones del dirigible, felicitó calurosamente al inventor y le entregó las insignias de la orden del Aguila Negra, abrazándole con efusión entre las aclamaciones de los que presenciaban la escena. Después el emperador pronunció una sentida alocución que terminó con las siguientes palabras: «El monarca y la patria pueden estar orgullosos de tener un súbdito y un hijo que es el más grande alemán del siglo xx y que con su invento señala una época en la historia del género humano. No es exagerado decir que hoy hemos vivido uno de los momentos más importantes para la civilización. ¡Ojalá podamos decir el último día de nuestra existencia que hemos servido á nuestra querida patria con el mismo éxito que usted!»

El conde Zeppelin quiso besar la mano á Guillermo II, pero éste lo impidió y lo abrazó de nuevo.

Después, el soberano, dirigiéndose al mayor Gross, director de los trabajos de aerostación militar é in-

ventor del dirigible de su nombre, le dijo: «Ahora estará usted convencido de las excelencias del globo; de aquí en adelante á usted lo encomiendo.»

El nuevo *Zeppelin* presenta respecto de sus ante-

á ellas, no sólo se ha conseguido que el globo pueda elevarse á mayores alturas y moverse con mayor velocidad, sino que además podrán embarcarse en la barquilla hasta doce personas por lo menos.

Las últimas pruebas efectuadas, aunque no han tenido carácter oficial, han dado ya resultados prácticos; en efecto, dentro de pocos días quedará instalada en Friedrichshafen una estación de doce globos dirigibles *Zeppelin*.

Mucho tiempo hacía que no se oía hablar de Santos-Dumont, que ha sido quizás el más osado de los conquistadores del aire, ya con su dirigible, ya con su aeroplano, el primer aparato de esta clase que en Francia se elevó por su propio impulso sobre el suelo. El intrépido aeronauta, sin embargo, no descansaba, sino que, por el contrario, seguía trabajando con su característico entusiasmo, pero en silencio, en la construcción de una nueva máquina voladora que recientemente ha terminado y que es un aeroplano monoplano basado en los mismos principios que el que había utilizado en sus ensayos de Bagatelle y de Issy-les-Moulineaux, si bien mucho más ligero y pequeño.

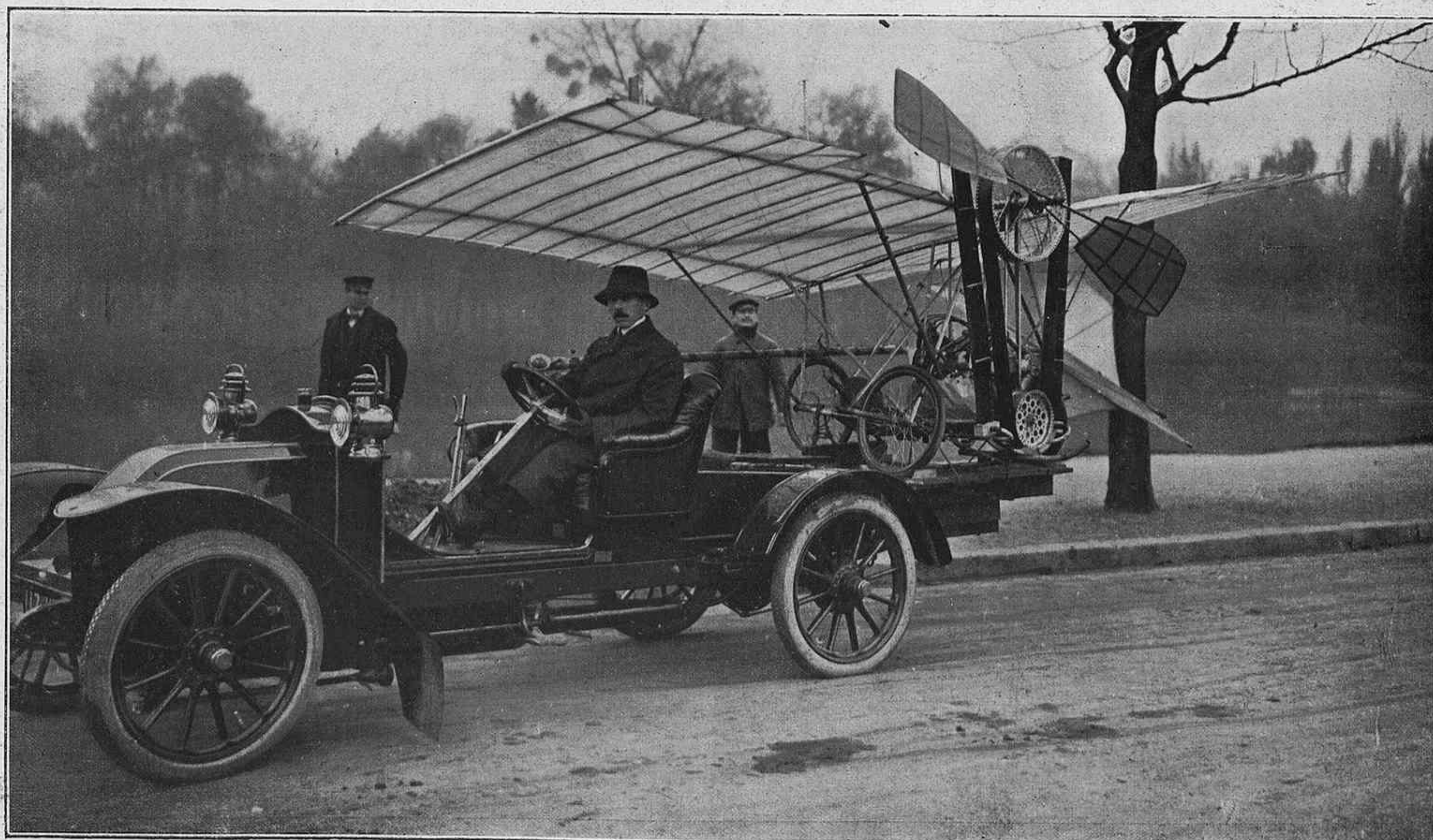
El nuevo aparato tiene una longitud de cinco metros, pesa 200 kilogramos y su superficie total es de nueve metros cuadrados. Lleva un motor de 24 caballos que hace funcionar una hélice á 700 revoluciones por minuto é imprime al aeroplano una velocidad de 80 kilómetros por hora.

Santos-Dumont ha transportado su aparato en automóvil al campo de ensayos de Saint-Cyr, en donde en breve comenzará sus experiencias, preparándose para tomar parte en el concurso del Gran Premio de Aviación que se celebrará en Montecarlo.

La Liga Nacional Aérea de Francia ha instituído un premio de 20.000 francos, que se concederá al que resulte vencedor en una carrera de aeroplanos en una distancia de 20 kilómetros. La propia Liga ha recibido del marqués de Polignac el ofrecimiento de una copa de un valor de 50.000 francos. Se adjudicará al final de cada semestre al aviador que gane el *record* de la distancia en línea recta, y al término del tercer año será de propiedad definitiva del que conserve el *record*. Pero si antes de cumplirse este plazo algún aviador recorre la distancia de 1.000 kilómetros en menos horas, la copa le será inmediatamente adjudicada.—S.



El emperador Guillermo II y el conde Zeppelin, inventor del globo dirigible de su nombre, en el castillo de Donaueschingen, propiedad del príncipe de Fürstenberg, después de las últimas felices ascensiones del aeróstato, en una de las cuales acompañó al conde el príncipe heredero de Alemania. (Fotografía comunicada por C. Delius.)



Santos-Dumont transportando en automóvil su nuevo aeroplano al campo de ensayos de Saint-Cyr. (De fotografía de M. Rol y C.ª)



UN BANQUETE MONSTRUO

Una de las notas características de nuestros tiempos son los congresos especialistas; no hay profesión, industria, clase ni grupo de colectividades que no quiera celebrar sus asambleas para discutir los problemas que á cada una de ellas interesan y adoptar acuerdos que mejoren sus condiciones respectivas. Y no se limitan á reunirse los de una misma localidad, región ó nación, sino que casi todos los congresos tienen el carácter de internacionales.

Hace poco se ha efectuado en Roma un congreso internacional de fondistas, al que han concurrido dueños de hoteles de muchos países, y aunque no sabemos los temas que en él se han tratado, bien podemos suponerlos conociendo la condición de los congresistas.

Ocioso es decir que uno de los números del programa fué un banquete, al que concurren 1.500 comensales; y excusado también

nos parece afirmar, tratándose de gente tan entendida en la materia, que la comida resultó suculenta.

LA CATÁSTROFE DE LAS MINAS DE HAMM

En la madrugada del 12 de los corrientes produjo una explosión de grisú en uno de los pozos de

imposibilidad de salvar á los 400 infelices mineros que había en el fondo de la mina; así es que apenas retirados unos 40 cadáveres y 38 heridos, los más de ellos graves, suspendiéronse los trabajos de salvamento y todos los esfuerzos se dedicaron á extinguir el incendio, inundando y tapiando los pozos. Aquel momento fué horrible, pues las familias de los obreros, agrupadas junto á la boca de la mina, no querían renunciar á su esperanza de salvar á sus parientes y amigos.

De la catástrofe han resultado 360 muertos y 40 heridos.

Al día siguiente, salió de Berlín para el lugar del suceso el príncipe Eitel, enviado especialmente por su padre el emperador. Al llegar á Hamm, en donde estaba ya el ministro de Comercio, visitó á las familias de las víctimas, á los heridos, las dependencias mineras y el departamento en donde estaban los cadáveres extraídos, y recibió á una comisión de mineros, á quienes expresó su dolor por la catástrofe y ofreció interponer toda su influencia para que se mejorase su condición.—S.



Roma.—Banquete monstruo de 1.500 cubiertos celebrado con ocasión del Congreso internacional de fondistas. La mesa presidencial. (De fotografía de Carlos Trampus.)



La catástrofe de las minas de Hamm (Alemania), en la que han perecido 360 mineros. La multitud esperando noticias á la entrada del pozo en donde se produjo la explosión. (De fotografía de Trampus.)



LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN LOS ESTADOS UNIDOS



Grupo de manifestantes cada uno de los cuales lleva una bandera de los Estados Unidos y el retrato de Mr. Taft colgado en el pecho



Grupo de manifestantes que ostentan en la cabeza sendos gorros con el retrato de Mr. Taft

NUEVA YORK.—MANIFESTACIONES DE PROPAGANDA EN FAVOR DE MR. TAFT. (De fotografías de Carlos Delius.)



LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN LOS ESTADOS UNIDOS



Grupo de manifestantes con delantales de letras que forman el nombre de Mr. Taft



La multitud en las calles de Nueva York el día de la elección

NUEVA YORK.—MANIFESTACIONES DE PROPAGANDA EN FAVOR DE MR. TAFT. (De fotografías de Carlos Delius.)



## EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ DE LA CHINA

Con pocas horas de diferencia han fallecido en Pekin Kuang-Su, emperador, y su tía Tsu-Shi, emperatriz, que era la que en realidad gobernaba desde hacía muchos años el Celeste Imperio.

Kuang-Su, que antes de subir al trono se llamaba Tsai-Tien, había nacido en 1873, y en 1875 sucedió a su primo Tsai-Chuen. A su advenimiento tuvo dos tutoras, su madre Tsai-An, y su tía Tsu-Shi, madre de su antecesor; poco tiempo después, quedaba esta última tutora única de su sobrino, y desde entonces ella ha sido la que de hecho ha ejercido el gobierno de China. En efecto, a pesar de que en 1889 el emperador Kuang-Su, casado con una hija del duque Kuei-Siang, hermano de su tía, fué proclamado mayor de edad, Tsu-Shi continuó siendo la verdadera soberana, y en 1898, cansada de gobernar entre bastidores, restableció oficialmente la regencia.

El reinado de Kuang-Su ha sido funesto para China. Además de la derrota tremenda que le infligió el Japón, el imperio hubo de sufrir el castigo de las potencias europeas, apoyadas por el mismo Japón y por los Estados

Unidos, á consecuencia de la revolución de los boxers y de los atentados cometidos contra las legaciones extranjeras de Pekín, castigo completado con una intervención extranjera que todavía subsiste en aquella capital y en Tien-Tsin. Además ha sufrido varias pérdidas territoriales, habiéndose visto obligado á ceder Puerto-Arthur á los rusos, que, á su vez, lo cedieron

efectuadas en Inglaterra para la provisión de las presidencias de los ayuntamientos. De todas ellas, sólo una ha logrado salir triunfante, la señora Garrett Anderson, que ha sido nombrada alcaldesa de Aldeburgh.

La señora Garrett Anderson es una de las doctoras en medicina más reputadas en su patria y pertenece á una familia

del Sr. Royo de León, música del maestro Santonja; y en el Ideal Polistilo *Cómo se ama*, comedia en dos actos de los señores Jover y Castillo.

PARÍS — Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville de Mauricio Donnay; en los Bouffes Parisiens *S. A. R.*, ópera en tres actos de Xanroff y Chamel, música del maestro Iván Carill; en Dejazet *L'enfant de ma sœur*, comedia en tres actos de Moezy Eyon y Francheville, y en Nouveautés *Dix minutes d'auto!*, comedia en tres actos de Jorge Berr y Pedro Decourcelle.

## Neurología. —

Han fallecido: Bruno Baentsch, sabio orientalista alemán, catedrático de la Universidad de Jena, autor de varias obras histórico-críticas.

Pablo Berger, eminente cirujano francés, profesor de la Facultad de Medicina y presidente de la Sociedad de Cirugía de París.

Conde Michisura Nodzu, general japonés que se distinguió notablemente en la guerra contra China de 1894 y en la ruso-japonesa, durante la cual mandó el cuarto cuerpo de ejército.

Alberto Mainán, celebrado pintor francés.



Tsu-Shi, emperatriz de la China recientemente fallecida  
(De fotografía de Nouvelle-Photo.)



Kuang-Su, emperador de la China recientemente fallecido  
(De fotografía de Nouvelle-Photo.)

que ha residido mucho tiempo en aquella ciudad del condado de Suffolk que ahora la ha honrado con sus sufragios. Comenzó á estudiar medicina en 1860; pero el Colegio de Cirujanos y Médicos de Inglaterra negóse á admitirla á exámenes, viéndose en su consecuencia obligada á doctorarse en París en 1870. Ha sido médica decana del Nuevo Hospital para mujeres, y decana de la Escuela de Medicina para mujeres, de Londres, y presidenta de una de las secciones de la Asociación Británica.

## MISCELÁNEA

**Bellas Artes.** — BARCELONA. — *Círculo Artístico.* — En la exposición de otoño últimamente celebrada han figurado notables cuadros, dibujos y esculturas, sobresaliendo entre ellos las figuras de Casas, Nonell, Gili y Roig, Cidón, Cabanes y Masriera (L.); los paisajes de Rusiñol, Masriera (J.), Cardunets, Ferrater, Fabra, Casas Abarca, Vallhonrat, Colom y Egozcue; los dibujos de Riquer y de Tersol; las esculturas de Oslé, Montserrat, Atché y Reynés, y las caricaturas de Apa, Junceda, Brunet, Inglada, Costa, Planas, Torrent, Bianqui y Estalella.

*Salón París.* — Han expuesto recientemente en ese Salón: Xiró, una serie de cuadros simbólicos, grandiosamente concebidos y vigorosos de dibujo y de color; Casanovas, unos notables retratos al óleo, al carbón ó á la sanguina, varios estudios de cabezas de caballo y algunas pintorescas vistas de la Barcelona antigua que desaparece con la reforma; Cardunets, unos bellísimos paisajes y varios recuerdos también de la Barcelona antigua, y Renart, tres vistas asimismo de la Barcelona que desaparece, un ex-libris y una serie de bellos dibujos para ilustrar el libro *Tria*, de Juan Maragall.

**Espectáculos.** — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Les folles del amor*, comedia en tres actos de F. Regnard, celebrado autor francés de fines del siglo XVI y principios del XVII, muy bien traducida al catalán, y *Geni de casa*, comedia en dos actos de Eduardo Coca y Vallmajor, y en Romea *Segones nupcias*, comedia en cuatro actos de Juan Puig y Ferrater.

*Ateneo Barcelonés.* — Los celebrados artistas Sres. López Naquil (violinista) y José Solá (pianista), antes de emprender la excursión que se proponen realizar por el extranjero, han dado dos conciertos; en el primero tocaron la *Sonata en re* de Wilm, la *Sonata en sol menor* de Levandowsky y la *Sonata en la* de Dubois, no conocidas en Barcelona, y en el segundo varias escogidas composiciones de Bach, Schumann, Chopin, Händel, D'Ambrosio y Sarasate, logrando muchos y muy entusiastas aplausos por la interpretación que supieron dar á todas las obras de los programas y por la brillantez y seguridad con que las ejecutaron.

En la propia sociedad dió también un concierto el notable pianista D. Gonzalo Núñez, quien tocó con gran acierto piezas de Liszt, Chopin y Beethoven y algunas inspiradas composiciones suyas, entre las que llamaron principalmente la atención algunas bellísimas danzas cubanas. El Sr. Núñez fué muy aplaudido.

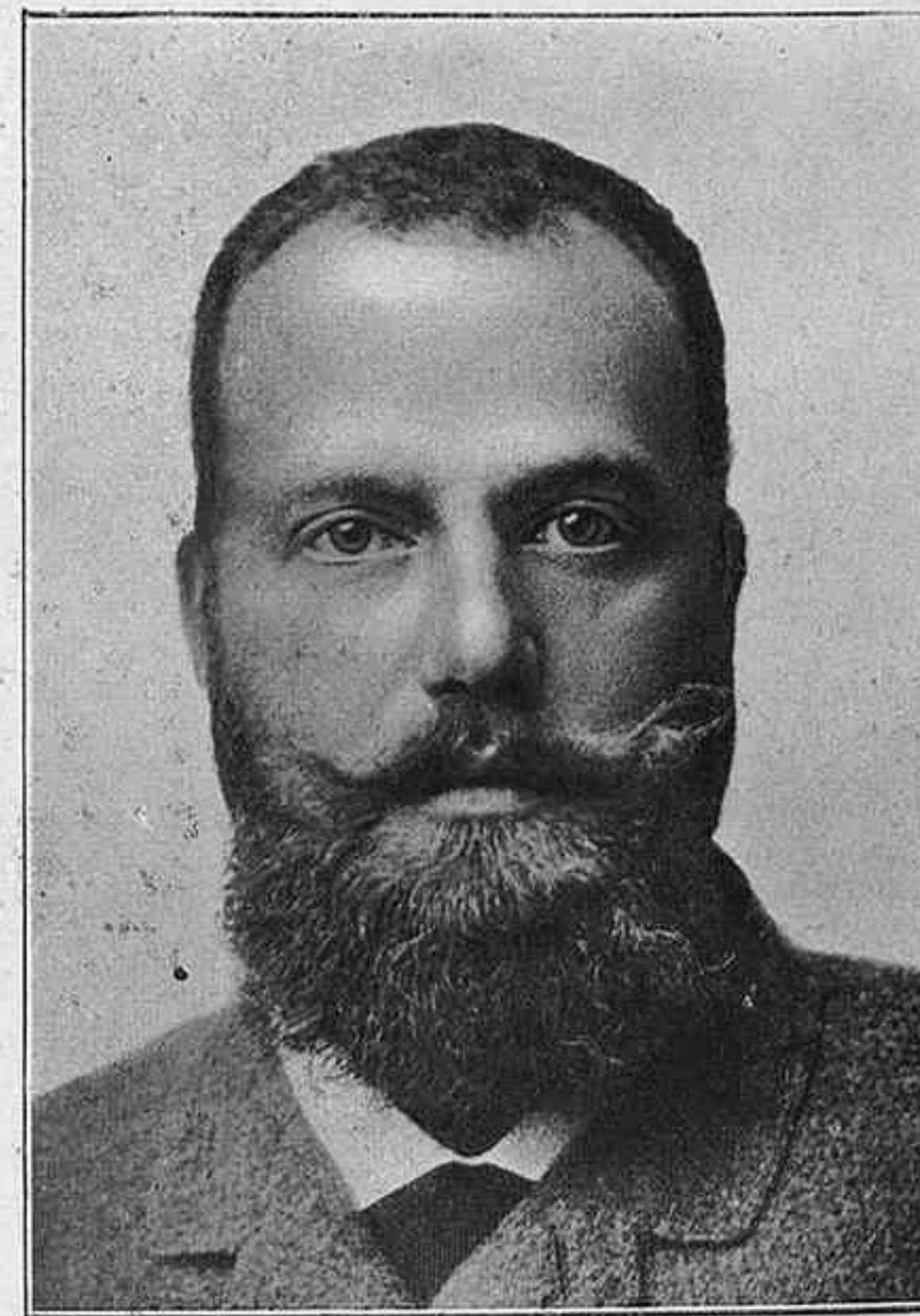
MADRID. — Se han estrenado con buen éxito: en el Español *Gerineldo*, poema de amor y caballería en cuatro jornadas, compuesto en algunas escenas con pasajes del «Romancero», por Cristóbal de Castro y Enrique de Alarcón; en Lara *Mi cara mitad*, comedia en dos actos de Miguel Ramos Carrión, y *La fuerza bruta*, comedia en un acto y dos cuadros de Jacinto Benavente; en Apolo *El talismán prodigioso*, santasfa cómico-lírica en un acto, letra de Sinesio Delgado, música del maestro Vives; en Barbieri *La borrasca*, zarzuela en un acto

## EL GRAN DUQUE ALEJO DE RUSIA

En París ha fallecido el día 14 de los corrientes el gran duque Alejo, hermano menor del tsar Alejandro III y tío, por consiguiente, del actual emperador de Rusia.

Nacido en San Petersburgo en 1850, entró en la marina, preparándose desde muy joven para el cargo de jefe supremo de las escuadras rusas que, andando el tiempo, había de desempeñar.

Con su clara inteligencia y con una energía que no excluía la bondad, realizó una labor excelente en el puesto elevado que ocupó durante quince años; el hecho de haber sido la marina rusa tan desgraciada en la guerra con el Japón, no impide reconocer los esfuerzos hechos por Rusia después de la guerra de Crimea, y no hay que culpar al gran duque Alejo, á quien se debió la formación de la soberbia escuadra del Norte, si posteriores exigencias de la política rusa en el Extremo Oriente obligaron á concebir y poner en planta en poco tiempo un programa naval vastísimo para tener una escuadra en el Pacífico, programa cuya ejecución se resintió precisamente de la rapidez con que hubo de hacerse.



El gran duque Alejo de Rusia, fallecido en París el día 14 de los corrientes. (De fotografía de Walter y C.ª)

Después de la derrota de Tsu-Shima, el gran duque Alejo solicitó que le relevasen del mando naval supremo, y desde entonces no representó papel alguno político ni militar.

Era hombre de afable trato, sencillo, bondadoso y gozaba de universales simpatías. En París, en donde últimamente residía, era muy popular, especialmente en el mundo del arte y de las letras; poco aficionado á las fiestas ruidosas, apenas frecuentaba las reuniones de la alta sociedad, y en cambio concurría asiduamente á los teatros, á las solemnidades artísticas, á las bibliotecas y á los museos.



La primera alcaldesa de Inglaterra Mrs. Garret Anderson, recientemente elegida alcaldesa de Aldeburgh  
(De fotografía.)

á los japoneses, á aceptar la ocupación de la Manchuria, á arrendar Wai-vom-Pu á Inglaterra y Kiao-Cheú á Alemania, á otorgar á Francia una concesión análoga en la frontera indochina, y á ratificar las consecuencias de la expedición inglesa al Tíbet y de la violación de Lhasa, la capital religiosa del budhismo.

La emperatriz Tsu-Shi ha muerto á la edad de setenta y cuatro años y fué siempre hostil á Europa y enemiga de los reformistas chinos.

A Kuang-Su ha sucedido su sobrino Pu-Yi, que sólo cuenta dos años y en cuyo nombre gobernará su padre, el príncipe Chuen, hermano del difunto emperador.

## LA PRIMERA ALCALDESA DE INGLATERRA

Una reciente ley inglesa permite á las mujeres que reúnen determinadas condiciones ser elegidas para el cargo de alcaldesas; y como consecuencia de ello, han sido varias las candidatas que se han presentado en las elecciones últimamente



# EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Y diciendo esto, alargaba sus brazos velludos y sus manos simiescas, mientras sus grandes mandíbulas chocaban entre sí como si sintiera un gran frío.

—Gracias, mi buen Sam, respondió Pedro bondadosamente. Su presencia en la balsa sería inútil, dado lo que, por de pronto, tengo que hacer, y en cambio su ausencia de la plataforma sería un gran peligro. Es preciso que esté usted ahí, dispuesto a tirar de mí, si es necesario, del mismo modo que conviene que Chonn vigile allá arriba. ¡Vamos, Sam, suelte usted!

Sam inclinó la cabeza y se resignó; soltó lentamente la cadena, y la balsa descendió por la corriente á medida que Dervilly soltaba cuerda. Con ayuda de una especie de bichero, Pedro evitaba que la frágil embarcación, ora se lanzase contra la pared, ora se alejase de ella, y de este modo llegó hasta cerca del orificio. Allí la balsa dió un bote, y luego se internó con una fuerza muy difícil de resistir; pero después la corriente se presentó más manejable. Entonces la balsa se deslizó con gran lentitud, pues Dervilly tenía empeño en examinarlo todo minuciosamente, deteniéndose á cada momento y dirigiendo á todos lados los potentes rayos de su linterna. Según había previsto, la bóveda alcanzaba alturas considerables; pero esto le interesaba poco; lo que le importaba eran las paredes, y éstas nada ofrecían que mereciera fijar la atención.

Cuando hubo soltado unos treinta metros de cuerda, dispúsose Pedro, conforme con sus planes, á hacer un alto á fin de clavar, si era posible, en la pared un garfio de relevo.

Después de algunas evoluciones, consiguió detenerse, gracias á una pequeña protuberancia en forma de media luna, alrededor de la cual enrolló la cadena. En rigor, aquella protuberancia habría podido hacer las veces de garfio, pero su orientación, en el mismo sentido de la corriente, y su superficie lisa, la hacían poco segura; por esto buscó un sitio en donde pudiera perforar la roca con su taladro de punta de cromo, y después de varios tanteos, escogió el punto que le pareció más favorable y logró clavar en él un garfio enorme. Como era en la parte de arriba de la media luna de granito, pudo disponer de un doble sistema de atadura, de tal manera que cuanto más se tirase de la cuerda allí amarrada tanto mayor fuese la seguridad. Y no contento aún con ello, clavó un segundo garfio, y de este modo obtuvo un conjunto de resistencia tranquilizadora. Después anudó su cuerda de amarre, á la que dió varias vueltas aseguradas con ataduras fuertes y pudo proseguir su ruta con seguridad relativa.

Así recorrió unas quince toesas más. La corriente, aunque rápida siempre, se regularizaba. La segunda amarradura presentaba grandes dificultades, porque no había ninguna prominencia en donde pudiera fijarse la cadena; sin embargo, Dervilly descubrió al fin una pequeña grieta, en la que clavó un doble garfio al cual pudo sujetarla. Y se disponía á clavar

otros garfios cuando llamó su atención un objeto rojizo, cuya vista hizole lanzar una exclamación; á su izquierda había un gancho de hierro cubierto de orín

extraño entusiasmo. Como había hecho antes, clavó un garfio y se dejó llevar por la corriente, mientras exploraba la caótica pared. No había recorrido veinticinco metros cuando distinguió una nueva peña en la que sólo había un cabo de cuerda podrida. Dervilly ya no se asombraba, y clavando nuevos garfios preguntábase hasta dónde seguiría encontrando aquella maravillosa pista. Tres veces más la encontró, aunque no sin trabajo; por una razón ú otra los garfios se habían roto y sólo quedaban de ellos sendos fragmentos que bailaban en sus alvéolos.

Pedro ardía en deseos de proseguir su ruta, pero su cronómetro señalaba las seis, y como hacía tres horas que se había puesto en marcha, pues su obra, erizada de dificultades y ejecutada con cuidado minucioso, había exigido mucho tiempo, decidió, á pesar de su ardiente curiosidad, regresar al punto de partida.

Con grandes trabajos logró volver á la plataforma, en donde, lleno de impaciencia y de inquietud, le esperaba Sam, quien, al verle, prorrumpió en un grito gutural y exclamó:

—¡Ah, comodoro! Si no hubiese usted vuelto de esa empresa diabólica, creo que me habría arrojado al agua.

XIX

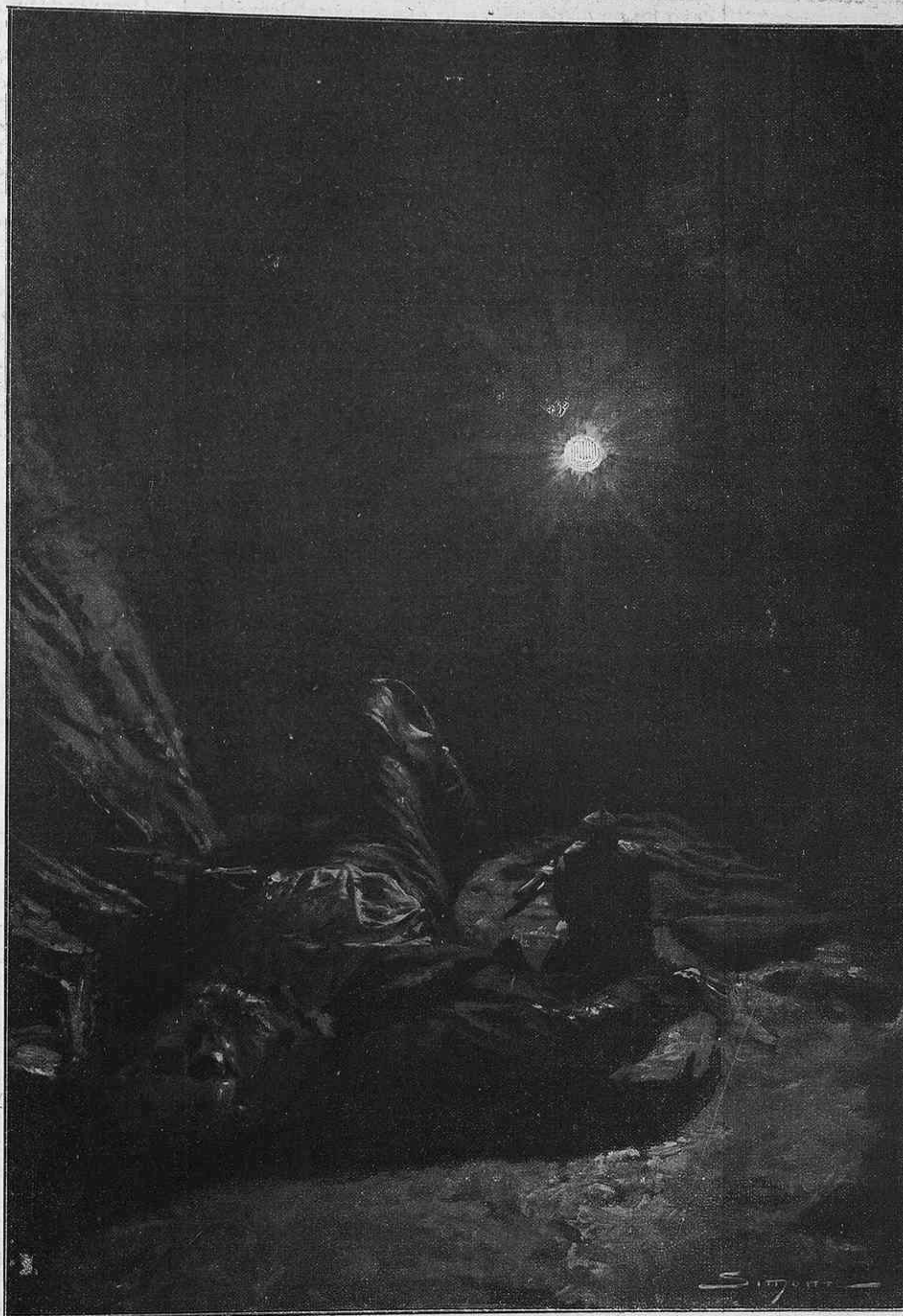
Dervilly pasó la semana en un estado febril. Habíase propuesto no bajar al abismo hasta el domingo siguiente; y no era que guardase absoluto secreto sobre sus investigaciones, lo cual habría sido una torpeza, sino que se limitaba á ocultar la magnitud y el objeto verdadero de las mismas. Los mineros no daban á ellas ninguna importancia, pues aquel género de locura estaba catalogado y desacreditado; después de tantos fracasos, nadie «creía ya» en el abismo, y hasta Yellowground, una vez que se encontró con Pedro, le dijo:

—¡Bien sabía yo que pillaría usted la enfermedad! Ya se le pasará, pierda cuidado, porque no hay secreto alguno en aquel condeñado agujero.

Y Nightingale, una mañana en que había subido para efectuar su visita de inspección, habíale dicho encogiéndose de hombros:

—¡Conque también usted es un visionario!. En fin, esta es cosa que me tiene sin cuidado, con tal que no descuide usted sus obligaciones..., y veo que no las descuida usted. Abbot y Morrison están contentos y yo lo estoy asimismo; el descubrimiento por usted de la nueva galería ha resucitado la caverna.

El hecho es que la producción aún había aumentado y que la mina iba siendo extraordinariamente remuneradora; y los dueños, mientras llegaba el momento de liquidar los beneficios, habían hecho á Pedro un anticipo á cuenta de dos mil dólares. Todo marchaba, pues, á las mil maravillas, y en caso de que sus actuales investigaciones resultasen inútiles, el joven ingeniero sabía que podía contar con los



Tendido cuan largo era sobre la plataforma de una peña...

con una cuerda cuyo extremo se perdía en el río. Dervilly tiró de aquella cuerda, todavía sólida; tenía seis yardas de longitud y estaba embreada, lo que explicaba su conservación. Ya no cabía, pues, ninguna duda: otro hombre había precedido á Pedro en su empresa y seguramente había perecido en ella.

Pedro se imaginó la temeraria odisea de aquel explorador de las aguas subterráneas, y lo vió, bien en una balsa como la suya, bien en alguna rústica canoa, ó acaso también sostenido por un simple cinturón de salvamento, y sintió hacia él profunda simpatía. ¿Había sucumbido cerca de allí por habersele roto la cuerda, ó por haber zozobrado su canoa, ó por haber perdido el cinturón? ¿O acaso había llegado á aquellas orillas que tantas veces se había representado la imaginación de Dervilly? Y si había arribado á ellas, ¿qué había descubierto?

Envuelto en la penumbra amenazadora, estuvo Pedro más de diez minutos fantaseando sobre aquella aventura, que si habría sido desalentadora para un espíritu pesimista, á él le excitaba, espoleándole con



reyes de las minas para seguir la pista indicada por el almirante.

Al otro domingo, Dervilly hizo descender desde muy temprano la balsa, el equipo y los instrumentos y materiales necesarios, y luego dijo a Sam que le acompañaba:

—Sam, dos cabezas valen más que una. ¿Quiere usted ir a comprobar mi trabajo?

Explicó al minero lo que había hecho y cómo lo había hecho, y *el Perro* no titubeó ni un momento, ya que prefería mucho más exponerse él mismo que no que se expusiese su jefe. Sin embargo, como Dervilly no quería que el minero fuese más allá del trozo por él recorrido, no le dió cuerdas, pues las que unían entre sí las estaciones por él dispuestas debían bastarle suficientemente.

—¡Que Dios le acompañe!, exclamó Pedro con el corazón oprimido cuando vio a Sam arrastrado por la corriente tumultuosa.

Sentóse en la plataforma, esperó sumido en hondas meditaciones y lleno de inquietud. La expedición de Sam no fué larga.

—Y bien, Sam, ¿qué le ha parecido?, preguntó al minero cuando éste hubo subido a la cornisa.

—No lo habría yo hecho mejor... Aquellos garfios, comodoro, podrán resistir muchos años.

Aquellas palabras colmaron de satisfacción a Dervilly, pues si bien, como todos los hombres inteligentes y enérgicos y que por virtud de estas mismas cualidades han puesto desde muy jóvenes sus facultades a prueba, tenía cierta confianza en lo que hacía, esta confianza se aumentaba en un doble con la aprobación de un profesional. Así es que bajó alegremente a la balsa, y sacando su cronómetro antes de dar la señal de partida, dijo:

—Son las ocho, Sam; no se inquiete usted antes de las ocho de la noche. Por supuesto que no hay necesidad de que hasta entonces permanezca usted en esa estrecha plataforma; basta con que baje de cuando en cuando para ver si ocurre alguna novedad.

—¡Ah, comodoro!, exclamó el minero como reprimándole. No es justo que se vaya usted sin mí. ¿No basta que Chonn-Monn-Y-Case vigile el abismo?

—No; Chonn-Monn-Y-Case ha de estar allá arriba porque hay entre los mineros hombres peligrosos a quienes podría antojárseles cortar nuestras comunicaciones. ¡Vamos, Sam, ánimo!

—¿Será usted prudente, comodoro?

—Seré muy prudente, amigo mío... Por lo demás, es probable que mi ausencia no dure más que seis ó siete horas. En cuanto me sienta cansado, dejaré el trabajo para otra ocasión. ¡Suelto, Sam!

—¡Que Dios le bendiga, comodoro!

La embarcación se deslizó lentamente; aquella vez seguía una ruta fija hasta los ciento veinte metros, en que terminaban los puntos de apoyo. Dervilly, que mientras guiaba la balsa no dejaba de explorar a su alrededor, descubrió en la pared muchos sitios evidentemente trabajados con herramientas, que denotaban de un modo preciso los esfuerzos del misterioso precursor.

Al llegar a los ciento veinte metros, comenzaba de nuevo lo desconocido. Dervilly avanzó hasta llegar al recodo, y antes de establecer allí otra estación, examinó bien el lugar a la luz de su linterna. A la izquierda, alzabase la pared lisa y recta sin el menor asomo de orilla; a la derecha, una roca obstruía la vista enteramente. Dervilly lanzó un suspiro de desaliento, y para animarse preguntóse mentalmente: «¿Qué, te habías figurado salir tan pronto de la incertidumbre?»

La roca le hipnotizaba; tenía confusamente la forma de una esfinge agachada sobre el abismo; dos prolongaciones de la misma se destacaban al nivel del agua, y encima asomaba una especie de cabeza opaca. El conjunto reflejaba vivamente la luz en destellos verdes, rojizos y violáceos.

«¡Quizás sea el tesoro!», murmuró sonriéndose con sarcasmo.

Después de haber examinado el lugar, escogió el punto a propósito para fijar una nueva estación, sorprendido de no encontrar huella alguna del precursor. Después, dejóse llevar de la corriente hasta la roca, y allí encontró un cabo de cuerda anudado a unas prominencias rocosas que ofrecían todas las garantías de seguridad y orientación deseables; así es que, siguiendo el ejemplo del zapador subterráneo, estableció en aquel sitio su punto de apoyo y comenzó a dar la vuelta a la roca. En el momento decisivo, vaciló, temeroso de un nuevo desencanto; pero al fin salvó el obstáculo, y al mirar en torno suyo, escapóse de su pecho un grito de alegría. ¡La realidad estaba delante de él! Orilla en unos puntos llana, en otros desigual, pero más espaciosa de lo que él se la había

imaginado, bajo una bóveda de granito, de pórfido, de cristal de roca, que relucía como un cielo de cuento de hadas, como un firmamento de gemas. El río deslizábase más lento sobre un lecho ensanchado, y al lado opuesto continuaba la pared inaccesible, prolongada en línea recta, de una manera fantástica.

Pedro no se cansaba de contemplar aquel espectáculo, cuyos encantos habrían hechizado a cualesquiera ojos humanos; cada vez que los rayos eléctricos llegaban a ciertas regiones de cristal puro, producíase un centelleo de luces multicolores, como si millones de rubíes, de topacios, de amatistas, de lazulitas, se enviaran unos a otros sus destellos. Pero aquella magnificencia, aun no siendo Pedro insensible a ella, no era la causa principal de su éxtasis; su atención concentrábase casi por entero en la orilla cuyo fin no distinguía en lo que su vista alcanzaba.

Comenzaba casi inmediatamente después de la roca, y Dervilly no tuvo que hacer más que dejar que la balsa se deslizase un momento, para desembarcar al fin en tierra firme. A pesar de su deseo de comenzar en seguida su exploración, no quiso dejar nada al azar, y no se decidió a ponerse en marcha hasta que hubo puesto la embarcación, las herramientas y el material al abrigo de toda contingencia.

Resolvió primeramente costear el río, a fin de reconocer someramente los lugares, y dejar para después las investigaciones minuciosas. El camino era practicable; ninguno de los obstáculos que encontró Dervilly era suficiente para detener a un hombre joven y ágil, así es que recorrió fácilmente algunos kilómetros. Preocupado sobre todo por el deseo de encontrar la pista del precursor y dominado por aquella primera embriaguez del descubrimiento, no se fijó en la naturaleza del suelo. Aquella pista no parecía por ninguna parte; pero esta circunstancia no desalentó a Dervilly, porque aun suponiendo que el hombre hubiese llegado hasta la orilla, no era de extrañar que no hubiese dejado huellas de su paso, como él mismo no las dejaba del suyo.

Después de haber andado una hora larga, Pedro, que sólo había tomado una taza de té al saltar de la cama, sintió las molestias del hambre, y sentándose en una prominencia de pórfido rojo, sacó de su saco de provisiones pan, carne fría, sal y una manzana del Canadá, y almorzó con gran apetito. ¡Cosa extraña! No sentía la menor inquietud, porque, a fuer de hombre de acción, tenía confianza en las precauciones que había adoptado, y estaba tan seguro de regresar a puerto, como si se hubiese hallado en una carretera real de su país.

Terminado el almuerzo, examinó el lugar: era una parte accidentada de la playa; el piso ascendía desde el río hasta la pared cubierto de rocas semejantes a alguna construcción megalítica, y era evidente que en una época que se perdía en la noche de los tiempos debía haberse producido allí una violenta ruptura cuyos vestigios podían verse aún en la bóveda, agrietada y hendida como una barranca de los Diablerets. La luz de la linterna filtrábase al través de los corredores, llegaba hasta las cavernas, hería algunos perfiles monstruosos y generalmente acababa por rebotar sobre el río, en donde Pedro vio dos ó tres veces agitarse unas formas esbeltas y pálidas, peces sin duda, peces ciegos y descendientes de quién sabe qué antepasados fabulosos de la época secundaria ó terciaria.

Al fin reanudó Pedro su marcha, mas no pudo resolverse a atravesar simplemente aquel paisaje fantástico, sino que cada vez que un perfil ó una abertura le tentaban, hacía una corta exploración. En una de ellas su pie tropezó con un objeto ligero; inclinóse para verlo mejor y cogió con la mano un gorro de cuero cocido endurecido y cubierto de mohos.

«¡Ah!—se dijo.—¡Conque también has abordado... también has conocido como yo la tierra misteriosa!»

Dió vueltas entre sus manos a aquella gorra miserable sin descubrir en ella otra cosa que vagos vestigios de una marca de fábrica en el fondo de la copa; pero tal como era, hablaba, por decirlo así, y relataba la historia más conmovedora, el más impresionante drama. De pronto Pedro sintió un estremecimiento.

«¡Tal vez está cerca!», pensó.

Pero encogiéndose de hombros, púsose a registrar con encarnizamiento las tinieblas, y después de trasponer una cuesta, sus ojos se dilataron, aceleróse su respiración y sus piernas se negaron a moverse: *¡el hombre estaba allí!*

Tendido cuan largo era sobre la plataforma de una peña, no tenía, propiamente hablando, ni cara ni manos, a pesar de conservar su piel, porque habiéndose realizado mal la momificación, aquella formaba extrañas prominencias, y una mejilla apare-

cía mucho más hundida que otra. El muerto, de alta estatura y constitución vigorosa, vestía una chaqueta de cuero rojizo, unos pantalones de paño que debió ser pardo y que ahora era de un color verde agrisado y grandes botas cubiertas de musgo; sus cabellos oscuros estaban sembrados de canas, como su barba rojiza. A su lado había una capa de paño grueso, un farol, un rifle, un revólver y un *bowie-knife* cubiertos de orín y como incrustados en la roca. El río no debía llegar nunca a aquella altura, ni de la bóveda debía caer ninguna gota de agua, porque aquellos objetos, a pesar de todo, no se hallaban en muy mal estado.

«¿Desde cuántos años estará aquí?, preguntóse Pedro. ¿Quince, veinte, treinta?... ¡Si llevase encima algunos papeles!»

Después de unos instantes de vacilación, decidióse a registrar el cadáver, no sólo para satisfacer su curiosidad, sino también con la idea de que tal vez existirían aún algunas personas que tendrían interés en conocer la suerte de aquel desgraciado.

Abrió la chaqueta, que estaba desabrochada, y no sin repugnancia fué sacando de los bolsillos interiores una cartera de piel encarnada, un pañuelo, una doble yarda articulada y una lente; en los bolsillos del chaleco encontró un reloj de plata de gran tamaño, algunas monedas de cobre, una cajita plana con agujas y alfileres, y un eslabón. De los bolsillos exteriores de la chaqueta extrajo un cuchillo, un cor taplumas de seis hojas con sacatrapos, dos lápices nuevos, una bolsa para tabaco y una pipa de brezo; y de los del pantalón una bolsa de cuero y un manajo de llaves.

Pedro hizo un montón con todos aquellos objetos, exceptuando la cartera, que le pareció ser lo único interesante y que se puso a examinar así que hubo terminado el registro.

Era una cartera bastante voluminosa, con cuatro compartimientos, y un cuaderno para apuntaciones en el centro. En el primer compartimiento encontró Dervilly algunos billetes de banco americanos, de los que los más recientes llevaban la fecha de 5 de agosto de 1852 y que en junto sumaban doscientos cincuenta dólares; el segundo contenía un acta de nacimiento en la que constaba que el difunto se llamaba Jacobo Edward Kennington y había nacido en 18 de noviembre de 1821, de padres desconocidos, en el distrito de Sud Hackney, condado de Middlesex. A este documento iban unidos otros de importancia secundaria, uno de los cuales acreditaba que Kennington había adquirido la nacionalidad norteamericana en el Estado de Virginia.

En el tercero había unos planos trazados bastante toscamente, y que, según las indicaciones que los acompañaban, se referían a presuntos yacimientos de oro, de plata y de cobre. El misterioso personaje era, en definitiva, un profesional, un *prospectador* de minas, y su viaje subterráneo no había tenido más objeto, cosa que de antemano sabía Dervilly, que la busca de un metal precioso.

El cuarto compartimiento era el menos interesante; encerraba insignificantes papeles de negocios, algunas facturas y dos ó tres prospectos de hacía medio siglo.

Finalmente el cuaderno central resultó ser el objeto más importante de cuantos dejara el muerto; las primeras páginas contenían notas varias, cálculos, proyectos y nombres de individuos y de agencias, siguiendo luego una indicación que habría parecido enigmática de haber sido hallada la cartera en un camino real, pero que en aquel sitio resultaba muy clara. Decía así:

«Cinnamon Bear's Valley—Grizzly Canon.—Las Cavernas. Algo que hacer. El río. Cavernas de debajo. Las aguas deben haber trabajado de firme.»

Aquella nota llevaba una fecha 15 de agosto de 1854, y á ella seguían otras que demostraban que aquel hombre debía haber subido hasta los *stores* de Stonemill, en donde se había procurado provisiones, herramientas, materiales y una mula. Después había permanecido algunos días solo en las cavernas, y luego venían inscripciones incomprensibles, mezcladas con signos y cifras, y algunos versículos de la Biblia.

«Eterno, hacia ti me he retirado; haz que no sea nunca confundido; librame por tu justicia.—Inclina tu oreja hacia mí... ¡Sé para mí una fuerte roca y una fortaleza!—¡Atiende mis súplicas cuando grito hacia ti, cuando levanto mis manos hacia el oráculo de tu Santidad!»

Era evidente que el viajero, bajo la inspiración de la exploración terrible que iba á emprender, había tenido piadosas remembranzas.

Las últimas notas eran mucho más importantes; comenzadas con un grito de júbilo y de triunfo, terminaban con un lamento de agonizante, y aunque



redactadas en forma lacónica y con gran sencillez, percibíase en ellas una mezcla de espanto, de dolor, de resignación y de misticismo que resultaba en extremo emocionadora en aquella misma soledad en donde el hombre había exhalado el último suspiro.

2 de septiembre de 1854, mediodía.—«Mis presentimientos eran ciertos. La mina está allí. Es una gran fortuna; dos millones de dólares, por lo menos... quizás más. Pepitas enormes.»

Por la tarde.—«Estoy perdido; se ha roto la cuerda y la canoa se ha destrozado ó hundido bajo la tierra. Es imposible que una criatura humana remonte el torrente á nado.»

Por la noche.—«Todo es inútil. Nada puede salvarme. ¡Sólo tú, Señor!..»

«¡Oh, Dios, si es posible, concédeme que pueda ver de nuevo la luz!»

«¡Es preciso morir! He de pensar únicamente en el cielo. ¡Jesús! No he causado mucho mal; puedo ser perdonado... ¡Y creo!... Habría querido morir sobre la tierra de los hombres.»

«Huérfano vine al mundo y solo vuelvo á la eternidad, más profundamente debajo de la tierra que en las más profundas cavernas. ¡El Señor tendrá piedad de mí!»

«Mi farol está á punto de apagarse. Si algún día descienden aquí otros hombres, como yo he descendido, he aquí mi testamento: deseo que el oro que hay en mi cinturón sirva para que me transporten á mi parroquia natal, me entierren cristianamente y me compren una tumba, en donde se pondrá una losa con mi nombre. La mina recompensará á aquel ó aquellos que ejecuten mi voluntad; está situada á menos de cinco millas del sitio en donde empieza el río.

«3 de septiembre de 1854.»

Dervilly había leído aquellas líneas con tanta emoción como si hubiesen sido escritas por un amigo muy querido, y no pudo menos de estremecerse ante la idea de que también podía romperse su cuerda, en cual caso... Pero pronto se tranquilizó, en primer lugar, su cuerda era doble; en segundo, lo había repasado muy bien todo, y en último término *jacta est!*

Disipada la melancolía del primer momento, sintió una satisfacción profunda y una gran curiosidad: la satisfacción como consecuencia de las líneas relativas á la mina; la curiosidad despertada por el párrafo referente al cinturón. De éste no había la menor huella ni en el cadáver ni cerca de éste. ¿Qué había sido de él? La hipótesis más plausible era que el explorador, rendido de cansancio, se lo había quitado, puesto que aún había vagado algún tiempo antes de ir al fin á morir en aquella plataforma en donde siquiera podía tenderse.

«¡Busquemos!»—dijose Pedro.

Procediendo con método, dividió el terreno de exploración en fragmentos, todos los cuales partían de la plataforma. Aquella búsqueda fué, durante largo rato, infructuosa, hasta el punto de que decidió desistir de ella para dedicarse á lo más importante, es decir, á la mina; pero cuando se retiraba hacia la playa, llamóle la atención un objeto pardusco que estaba en una anfractuosidad muy parecida á un estante de biblioteca. Era el objeto buscado, un cinturón de cuero en parte cubierto de moho, pero sólido todavía. Pedro lo desenrolló, y en los bolsillos interiores del mismo encontró las pepitas, siete en junto y de hermoso tamaño. Pedro las sospesó y se convenció de que pesaban en total más de treinta kilogramos, lo que les daba un valor de unos cien mil francos.

«El pobre hombre deja lo suficiente para que le hagan un gran entierro y le construyan una tumba magnífica»—pensó Pedro.

Después miró su cronómetro, y al ver que eran las once se dijo:

«Tengo tiempo de buscar la mina.»

Debía distar de ella menos de tres millas, puesto que desde su desembarco había avanzado cerca de cuatro kilómetros; pero á medida que se internaba en lo desconocido hizose evidente que, de no favorecerle la casualidad, las investigaciones no serían cómodas. La playa iba ensanchándose y presentaba considerables variaciones; era como una pequeña comarca con barrancas, cerrillos, cadenas de rocas y hasta de trecho en trecho unas lagunas que era preciso salvar dando un rodeo. Pedro, al pronto, li-

mitóse á seguir la playa en cuanto le era posible, porque con frecuencia había de dar la vuelta á obstáculos abruptos ó pérfidos. Aquella marcha desigual no era muy á propósito para hacer cálculos aproximados de la distancia, así es que algo al acaso estimó Pedro que había recorrido las cinco millas indicadas.

Hallábase en una especie de playa, sembrada de grandes guijarros, en donde no se veía nada que denunciase la presencia de una mina; mas esta circunstancia no le impresionó poco ni mucho, porque nunca había creído que el yacimiento estuviese precisamente en su camino.

«¡La una!»—murmuró después de haber consultado su reloj.—«Tengo todavía cuatro horas por delante.»

Su plan entonces consistía en recorrer la playa partiendo del punto central de ésta y siguiendo las líneas de radios imaginarios en un semicírculo de quinientos á seiscientos metros. Comenzó por el segmento central, que era el que mayores probabilidades ofrecía.

El primer radio, cortado por continuos rodeos, le condujo hasta la pared, á cerca de medio kilómetro de la playa. Pedro no tenía tiempo de examinar atentamente la roca, pero este examen no parecía necesario desde el momento en que las notas del cuaderno hacían suponer que la mina era fácilmente visible; así es que se limitó á recoger algunas muestras.

Cuando hubo recorrido el primer segmento, casi en todas direcciones, dejó en el suelo las muestras recogidas y se puso á explorar rápidamente el segundo segmento. También allí fueron infructuosas sus tentativas, y después de dejar los nuevos minerales junto al primer montón, vió con disgusto que sólo le quedaba tiempo para terminar la exploración de la primera mitad del semicírculo; si nada descubría allí, regresaría provisionalmente chasqueado. Reanudó su marcha por el tercer segmento, y á las tres no había encontrado más que las piedras depositadas en la playa. Aquel contratiempo, sin inquietarle por el porvenir, le desagradaba. Sentóse fatigado, y lanzando una mirada á su colección de pedruscos, observó en muchos de ellos la presencia de laminillas de plata.

«He aquí una promesa que pondría en movimiento á cualquier *prospector*»—dijose con indiferencia. Arrojó los guijarros al montón y sintióse dominado por la rabia.

«¡No quiero quedarme en la incertidumbre! Voy arriba el tiempo preciso para tranquilizar á Sam y á Monn Chonn-Y-Case y vuelvo; y si he de pasar aquí la noche, la pasaré.»

Una vez adoptada esa resolución, sintióse más sosegado y se puso en marcha sin dar ningún rodeo ni entretenerse en la contemplación del paisaje, de suerte que no tardó más de dos horas en volver al sitio en donde había desembarcado, teniendo al llegar la satisfacción de ver que todo estaba en orden y que la balsa, bien amarrada en una pequeña ensenada, no había sufrido la menor avería. Dervilly, ayudándose con las cuerdas, remontó el río, llegó á la roca, dió vuelta á ella, comprobó el buen estado de los garfios y antes de las siete estaba junto á la plataforma. Allí le aguardaba Sam *el Perro*, quien, al ver aparecer á su jefe, lanzó un grito de júbilo y ayudó á Pedro á desembarcar.

—¿Nada nuevo, Sam?

—Sí, comodoro... Sam no está contento; hay dos malas cabezas que han venido hasta las cavernas, Jack Parker y Ben Peach; se conoce que habían bebido ginebra y brandy y han molestado al Hombre Rojo.

Aquella noticia puso malhumorado á Pedro.

—¿Y qué han dicho?, preguntó.

—¡Oh, comodoro! Ya sabe usted que Chonn y yo no nos llevamos mal, pero no nos hablamos, así es que no me ha contado más que lo preciso para que yo pudiese dar á usted cuenta de lo sucedido.

—Entonces voy á subir.

—¿Hay que recoger la balsa?

—No, Sam; todavía tengo que hacer ahí dentro... y es absolutamente necesario que lo haga.

—¡Ah, comodoro! Esto es tentar al diablo... Para un día basta y sobra...

—Es indispensable, Sam. Por lo demás, puede usted irse á dormir allá arriba.

—¡Eso sí que no!.. No cerraría los ojos en toda la noche. Si usted vela, yo también velaré.

—Es usted un amigo, Sam, dijo Pedro enternecido; y no se habrá usted cansado en vano, porque le prometo...

—Salvando el respeto debido, preferiría que no me prometiese usted nada. No desprecio el oro ni la plata, y si usted llega á ser rico podrá hacer algo

por mí; pero promesas... me apenarían, porque trabajar por usted es para mí un gusto.

Al través de sus enmarañadas cejas brillaban los ojos del *Perro* con tal expresión de bondad, que Dervilly se sintió hondamente conmovido.

—Está bien, Sam, dijo gravemente; le trataré como usted se merece, como amigo.

—¿Ve usted, comodoro? Esas son las palabras que á mí me gustan. Cada una de ellas vale para mí millares de dólares.

En la caverna encontró Pedro á Chonn-Monn-Y-Case, que estaba dando cuenta de una cena compuesta de pemmican y de una tortilla de maíz. El Piel Roja, con el mismo rostro impenable de costumbre, esperó, antes de decir nada, que el ingeniero le preguntase.

—¡*Hugh!*, exclamó al fin... Han venido Jack Parker y Ben Peach, un par de cornejas que hace quince años husmean las minas.

—¿Y á qué han venido?

—Sus lenguas no lo han dicho, pero sus ojos hablaban; creen que el joven jefe está sobre una pista y que Sam y Chonn-Monn-Y-Case tendrán su parte y quisieran ser aliados de usted.

—¿Habían bebido?

—Sí; sin la ginebra no se habrían atrevido á venir hasta las cavernas.

—¿Los conoce usted desde hace tiempo? ¿Cree usted que son peligrosos?

—Son astutos y pacientes, y tratarán de sorprender el secreto de usted.

—¿Qué secreto?, preguntó Dervilly lanzando al indio una mirada de sorpresa. Todo el mundo sabe que hago investigaciones, como otros antes de mí las hicieron.

—No saben que tenga usted un secreto, contestó Chonn encogiéndose ligeramente de hombros; únicamente están excitados como coyotes puestos sobre la pista de un ciervo... Chonn-Monn-Y-Case sabrá frustrar su astucia.

—No es esto lo que le pregunto. ¿De qué secreto habla usted?

—¿De qué secreto quiere usted que hable? Del que trae usted de la mina.

—¿Cree, usted, pues, que tengo un secreto?

—Conozco el rostro del joven jefe mejor que el valle del Cinnamon Bear, y sé que ha hecho un gran descubrimiento.

—¿De modo que se ve!, exclamó Pedro desconcertado é inquieto.

—Los blancos no lo verían, respondió Chonn-Monn-Y-Case riendo silenciosamente, y un rojo tampoco lo vería en el semblante de Chonn-Monn-Y-Case; pero yo lo veo, como vería las huellas de un grizzli ó de un bisonte.

Pedro había oído hablar de la penetración de los indios, pero no esperaba poder comprobar un ejemplo tan elocuente de ella; así es que, renunciando á todo disimulo, confesó la verdad.

—Pues bien, sí, es cierto; he hecho un gran descubrimiento y mis aliados tendrán su recompensa.

—Ya sé que la tendrán, dijo sosegadamente el salvaje. El águila no es avara de su presa, y Chonn-Monn-Y-Case tendrá la sabana y el bosque en donde ha de crecer su descendencia. ¡Chonn-Monn-Y-Case está contento!

—Diríase que está usted seguro de ello.

—Estoy de ello seguro, si vive usted y si yo vivo.

—¿Sabe Chonn-Monn-Y-Case que la mina se repartirá con otros?

—Sí; y sabe también que la parte del joven jefe será diez veces mayor que la del *Perro* y del Hombre Rojo; pero la mina es profunda.

Aquella convicción imperturbable ponía perplejo á Dervilly; y sin embargo, ¿si «el hombre» se hubiese equivocado? ¿Si la mina fuese sólo superficial? Pero luego, pensando en las pepitas encontradas en el cinturón, se tranquilizó.

—Chonn-Monn-Y-Case, acuérdesese usted de que yo no prometo ni afirmo nada, dijo gravemente. Usted tendrá su recompensa, ciertamente; pero tal vez no será tan grande como usted se figura. Entre tanto, todavía hay que velar, quizás durante una buena parte de la noche. ¿Puede usted?

—Chonn-Monn-Y-Case puede velar dos días y dos noches sin que su vista se enturbie ni su oído se canse. El joven jefe puede bajar tranquilo, aunque vuelvan Jack Parker y Ben Peach; pero no vendrán, porque la ginebra les cortará las piernas hasta mañana por la mañana...

Aquella conversación preocupó á Dervilly mientras descendía de nuevo hasta el sitio en donde estaba Sam.

(Se continuará.)



## UNA ALDEA EDIFICADA EN LAS COPAS DE LOS ARBOLES

He viajado mucho, se puede decir que he recorrido casi todo el mundo habitado, y que yo sepa no existe en ningún país civilizado ninguna aldea edificada en las copas de árboles corpulentos como esta de que nos vamos a ocupar. En Nueva Guinea y en otros muchos países, los indígenas construyen con mucha frecuencia sus habitaciones entre las ramas de los árboles de las selvas, y otros las edifican en las playas bajas donde hay poca rompiente, sobre grandes estacas que clavan en el mar; pero lo hacen con objeto de librarse de las tribus hostiles que de vez en cuando les acometen para robarles sus ganados, sus mujeres y niños, pues desde lo alto de los árboles pueden espiar con más facilidad al enemigo.

Pero la encantadora aldea de Robinsón, cerca de París, es muy diferente de todas estas. Es una aldea preciosa y muy tranquila, que podríamos llamar la isla de los conejos de la metrópoli francesa; allí no hay sobresaltos ni ruido de ninguna clase; es un sitio pintoresco donde los que huyen del tumulto y continua agitación de la capital, pueden pasar algunos días disfrutando de la tranquilidad más absoluta y del hermoso panorama que tienen a la vista. El nombre de Robinsón se lo puso Jacobo Guesquin, modesto rentista que después de haber hecho una pequeña fortuna en París, se retiró a este sitio a vivir tranquilo, dedicado a las labores del campo, vida que le gustaba mucho.

De esto hace ya más de sesenta años. El señor Guesquin hacía ya tiempo que suspiraba por encontrar un rincón tranquilo cerca de la capital, hasta que por fin lo encontró en las proximidades de Sceaux y Fontenay aux Roses, a unos nueve kilómetros de París. La propiedad estaba toda cercada de rosales silvestres y de los añosos y corpulentos castaños que en otra época formaban un inmenso bosque alrededor de París.

El anciano Guesquin mandó construir en esta finca una quinta, y como era un hombre muy activo y su fortuna no era tampoco muy grande, pensó que más le produciría un almacén de comestibles que cultivar la tierra. Se admiraba de que con tanta gente como había en París, no hubiera pensado ninguno antes que él en este rincón de bosque tan tran-

construir otra quinta, porque pensaba, y no pensaba mal, que alguien iría a alquilarla. Después tuvo una

tos elevados pabellones, medio cubiertos por las ramas y hojas de los árboles, y desde donde se descubre el hermoso valle del Sena, es de lo mejor que se puede encontrar para los amantes de la quietud y de admirar la naturaleza. Desde allí se pueden contemplar también otras muchas cosas: las venerables torres de Nuestra Señora de París y las principales líneas de la torre Eiffel. La gente menuda disfruta lo indecible cuando ve que funciona la polea por donde pasa la cuerda que sube la cesta con la comida. Allí no falta nada; hay muy buenos cocineros que presentan platos tan bien condimentados como en el mejor hotel de París, y los muchachos atrevidos suplican con mucha frecuencia a los camareros y empleados que los suban y bajen en estas grandes cestas, con lo que las familias ríen y pasan muy buenos ratos.

Después de la comida bajan las familias de estos restaurantes aéreos y dan un paseo por el bosque en los caballitos que hay en la pintoresca aldea, y bien entrada la noche vuelven en sus vehículos a París, contentos y satisfechos de haber pasado un buen día.

Basta contemplar los grabados que ilustran el presente artículo para comprender cuán deliciosos ratos pueden pasarse en aquel ameno lugar. El rincón de bosque en donde la singular aldea está



Casita típica edificada en la copa de un árbol

idea magnífica; al fijarse en las altas y gruesas ramas de un añooso olmo, pensó que construyendo allí una casita de madera, con una escalera para subir con facilidad, se podría disfrutar desde aquella altura de la vista del hermoso panorama del valle del Sena, y tal como lo pensó lo hizo, y a partir de aquel día disfrutó el viejo rentista lo indecible contemplando desde su elevado escondite los alrededores de París.

Una mañana pasaron por allí algunos estudiantes de la gran Universidad de la Sorbonne, y vieron a Guesquin asomado a la puerta de su alto mirador de madera, y le suplicaron que les permitiera subir, a lo que accedió el dueño con mucho gusto; los estudiantes celebraron en extremo la idea y hablaron de lo conveniente que sería convertir aquello en un sitio de recreo, que además podía ser muy beneficioso para el dueño de la finca.

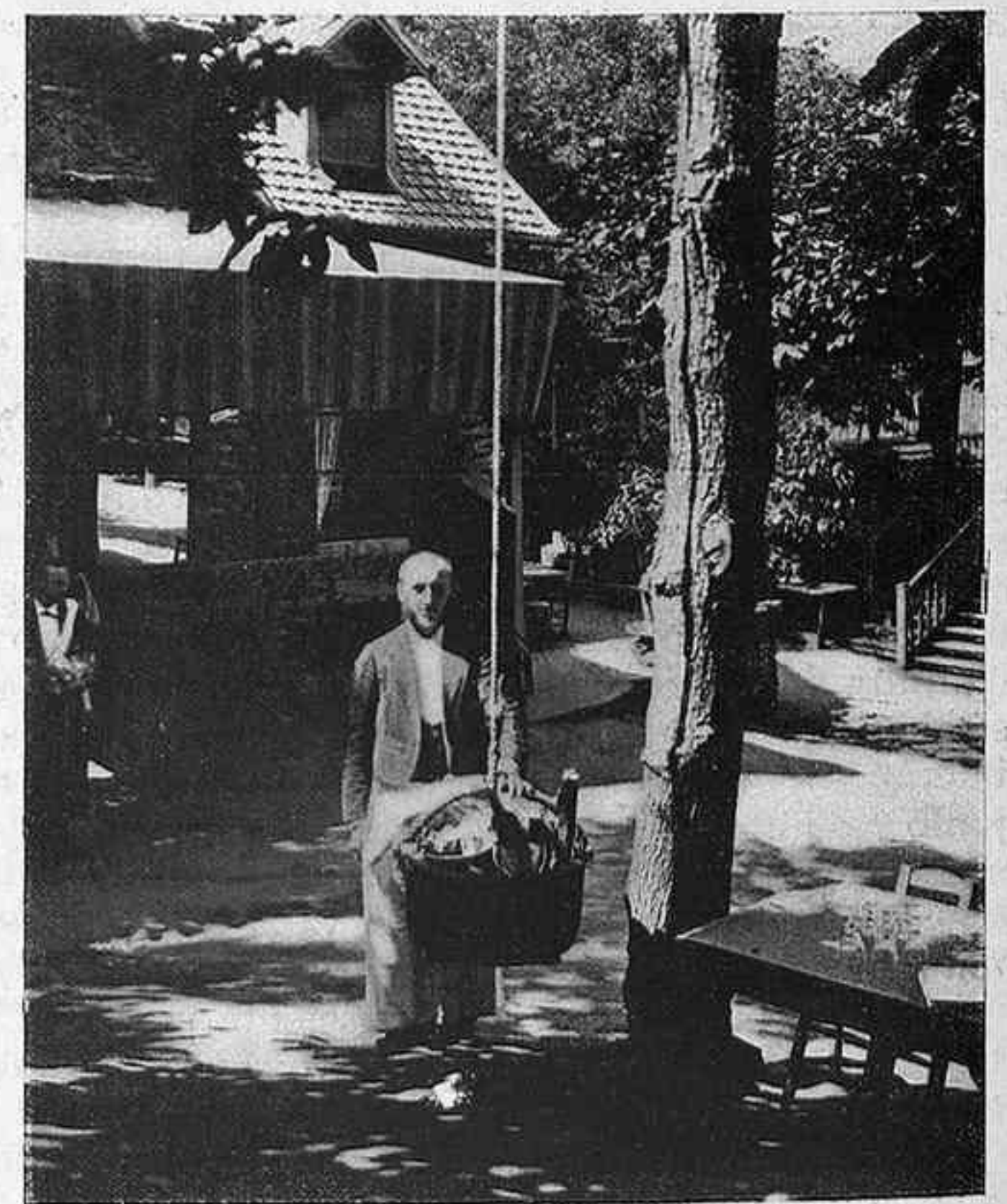
Los alegres jóvenes lo daban ya por hecho, y en seguida principiaron a pronunciar nombres de héroes para ver cuál de ellos le cuadraría mejor a la nueva población edificada entre las ramas de los árboles, hasta que uno de ellos dijo en un momento de inspiración que el mejor sería «Robinsón», y con Robinsón se quedó.

Guesquin puso en seguida manos a la obra, y en muy poco tiempo no quedaba ya un árbol corpulento en su finca donde no hubiera un bonito cenador de madera, y en todos ellos restaurant ó cantina. La noticia cundió al momento por París, y por los caminos se veían a cada momento gran número de vehículos de todas clases con excursionistas que iban en busca del nuevo Robinsón Crusoe.

Para animar un poco aquello y que no fuera todo contemplación del paisaje y merendar en las casitas de los árboles, se establecieron al mismo tiempo otras diversiones, como, por ejemplo, el tiro de pichón y carreras de caballitos y boricuillos, así como otros varios juegos y pasatiempos que distraían mucho a la gente alegre, particularmente a la de la clase media, que los domingos por la tarde iba allí a pasar algunas horas.

El sitio es verdaderamente de lo más pintoresco que puede imaginarse, y una comida en uno de es

situada, ofrece todos los encantos de la naturaleza, y diríase, al verse allí, que se encuentra uno a cien leguas de la capital. Y el hombre, por su parte, sin quitar nada de aquellos atractivos naturales antes al contrario, completándolos, ha puesto allí cuantos entretenimientos y cuantas comodidades pueden con-

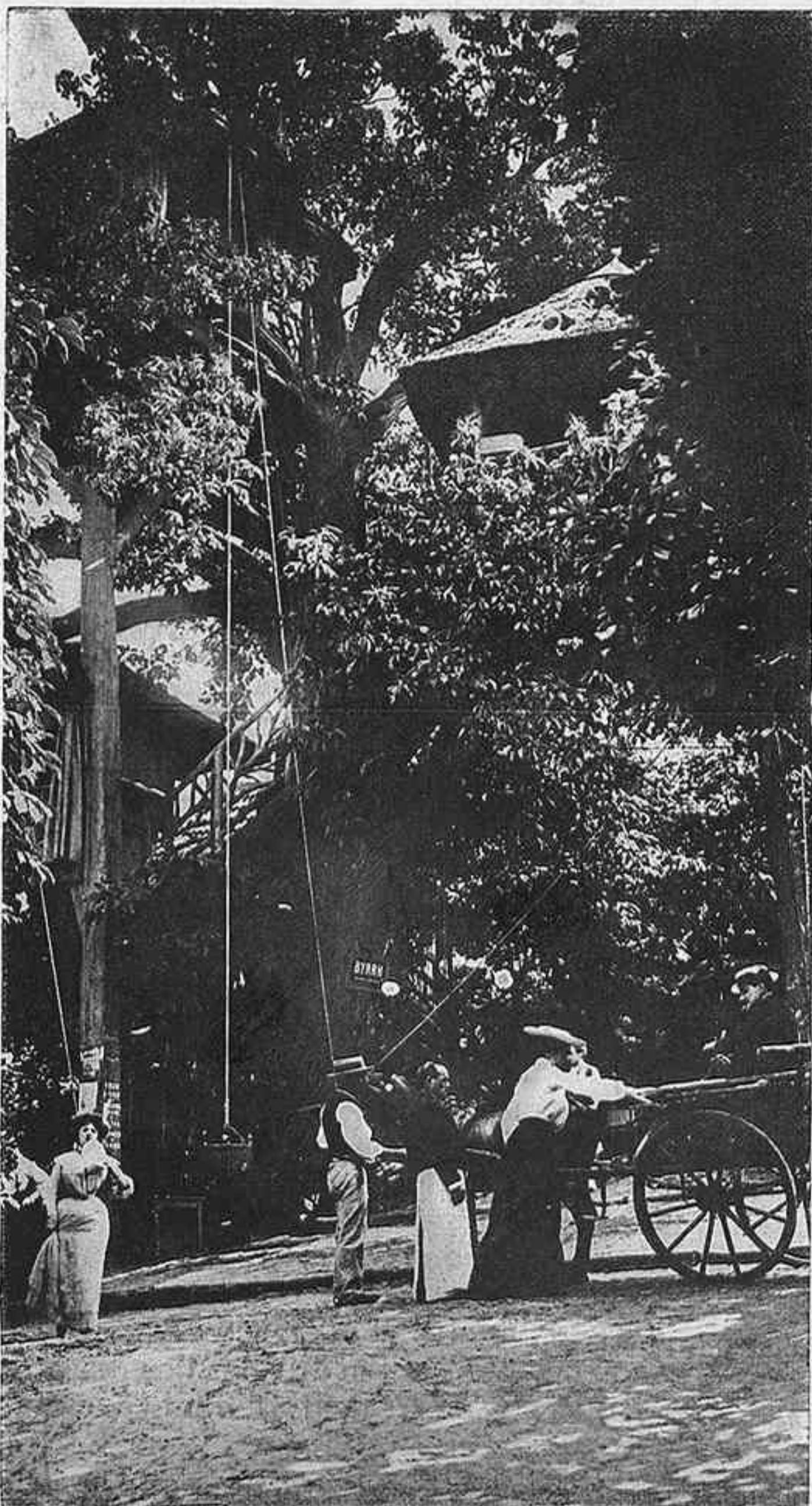


Camarero que sube la comida en una cesta

tribuir a hacer más grata la estancia en tan pintoresco sitio. Los pabellones aéreos son elegantes y confortables y el servicio nada deja que desear.

Bien merece, pues, el propietario que tuvo tan excelente como original idea el éxito que ha conseguido y el favor que los parisienses y no pocos extranjeros le dispensan.

W. G. FITZ GERALD.



Llegada de excursionistas que van a comer en uno de los restaurants instalados en las copas de los árboles

quilo y agradable. No tardó en comprar otra parcela de terreno para ir ensanchando su finca, y mandó



UN PERGAMINO ARTÍSTICO

Los que han seguido con interés la historia de la reforma interior de Barcelona, saben que á la rápida resolución de este asunto importantísimo, en su último período, ha con- tribuído poderosamente el digno gobernador civil de esta provincia Excmo. Sr. D. Angel Ossorio y Gallardo, despachando con inusitada prontitud cuanto de él dependía, ahorrando trámites y formalidades superfluos y abrevian- do todos aquellos de que, por mandato de la ley, no podía prescindirse.

El Ayuntamiento barcelonés, deseando demostrar su agradecimiento al que tan celosamente había colaborado en la trascendental obra, le ha regalado el artístico pergamino que adjunto reproducimos y cuya dedicatoria es á la vez testimonio de los merecimientos del Sr. Ossorio y manifestación de la gratitud que hacia él siente nuestra ciudad.

El pergamino es una labor artística de gran belleza; el distinguido dibujante Sr. Saurí-Sirés, ha sabido expresar en él, con tanta oportunidad de pensamiento como habilidad de ejecución, el significado de la obra de la Reforma, simbolizando la ciudad vieja, que desaparece, en los ratones fugitivos y en las tristes adormide- ras de caídos pétalos, y la ciudad nueva, que nace de entre las ruinas de aquélla, en las her- mosas flores que se abren espléndidas al beso primaveral. Los ornamentos, atributos y em- blemas que completan la decoración, están dispuestos con exquisito gusto y dibujados magistralmente.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN  
POR AUTORES Ó EDITORES

**PRODIGIOS EUCARÍSTICOS.** - El editor don Miguel Casals ha publicado la segunda y her- mosa edición de esta obra, original de R. P. Manuel Traval y Roset, S. J., de gran utilidad é interés para los creyentes y propia para las explicaciones catequísticas. Forma un volumen de 17 por 10, de 482 páginas, profusamente ilustradas, y se vende al precio de 2 pesetas cada ejemplar.

**ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BARCELONA.** - El Ayuntamiento de esta capi- tal ha publicado el volumen V, correspondien- te al año de 1906, de esta importante obra que reviste igual interés que los anteriores. Con- stan en él que nos referimos noticias y ante- cedentes copiosos de todos los servicios muni- cipales, de tal suerte que al examinar la obra adquiere el conocimiento exacto de cuanto constituye la vida y movimiento de la urbe, en todos sus aspectos. Ilustran el libro numerosos grabados de edificios, retratos de catalanes ilustres, etc.

**CAPÍTULOS DE UNA HISTORIA CIVIL Y MILITAR EN CO- LOMBIA.** - Así se titula el cuaderno de la 3.ª serie, de nutrida y provechosa lectura, que como resultado de sus estudios é investigaciones, ha publicado en Bogotá el docto catedrático del Colegio Mayor de aquella capital Francisco Javier Ver- gara y Velasco, y que aportan nuevos é interesantes materiales

para quien desee conocer la historia documentada de aquel país. Forma un volumen de 24 por 18; y consta de 94 páginas.

**LLARS APAGADAS,** drama en tres actos y en prosa de J. Vidal y Jumbert. Esta producción escénica del fecundo escri- tor catalán Sr. Vidal y Jumbert, se estrenó con excelente éxito

importancia son un título de gloria para la docta corporación. Impreso en Madrid en la imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús.

**DE ANDALUCÍA. RUINAS,** por F. Cortines y Murube. - Colección de inspiradas poesías divididas en cuatro grupos, cuyos títulos *De este cielo, De esta tierra, De mi patria y De mi corazón*, indican los distin- tos géneros á que pertenecen las composicio- nes. En todas ellas se ve al observador profun- do de la naturaleza y de las costumbres anda- luzas y al poeta de ideas y sentimientos eleva- dos. Un tomo de 204 páginas, impreso en Se- villa en la imprenta de Izquierdo y C.ª; precio dos pesetas.

**ACUARELAS,** por Sarah Lorenzana. - Co- lección de cuentos y poesías, interesantes y elegantemente escritos aquéllos y muy sentidas y bien versificadas éstas. Varias de las composiciones poéticas que contiene han sido pre- miadas en públicos certámenes. Un tomo de 164 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de Fernando Fe; precio, tres pesetas.

**BOREALES, MINIATURAS Y PORCELANAS,** por Clorinda Maatto de Turner. - Colección de narraciones históricas, artículos de viajes, sem- blanzas de personalidades ilustres, trabajos literarios, etc., escritos en estilo elegante y apropiado á cada género por la distinguida y popular literata bonaerense Clorinda Maatto de Turner. Un tomo de 320 páginas, impreso en Buenos Aires en la imprenta de Juan A. Alsina.

**COLOMBIA EN 1907, BAJO LA ADMINIS- TRACION DEL SR. GENERAL RAFAEL REYES,** por Lisimaco Palau. - Un folleto de 64 pági- nas, que contiene, además de una extensa bio- grafía del general Reyes, interesantes estudios sobre el desarrollo de Colombia, en todos sus aspectos, durante su gobierno. Impreso en Bo- gotá en la Imprenta Nacional.

**MIGUETTE DE CANTE-CIGALE,** por Ma- nuel Delbousquet. - Bonita novela de costum- bres de la región de las Landas (Francia) que forma parte de la interesante Colección de Escritores Regionales que con tanto éxito pu- blica en París la «Nouvelle Librairie.» Un tomo de 180 páginas; precio, dos francos.

**MANUAL DEL CRISTIANO DEVOTO DE MA- RÍA,** por el P. Fr. Luis Carrión González. - El título mismo de esta obra, publicada con licencia eclesiástica, nos releva de hablar del carácter de la misma. Unicamente diremos que está dividida en cinco partes: el ejercicio dia- rio, el semanal, el mensual, el anual y el per- petuo. Ha sido editado en Barcelona por los Herederos de Juan Gili.

**POESÍAS,** por Juan Valera. - Formando parte de la Colección de obras completas de D. Juan Valera, se ha publicado el volumen II de las poesías del ilustre escritor, que contiene muchas originales y algunas paráfrasis y traducciones de By- ron, Goethe, Heine, Moore, Geibel, Víctor Hugo, Uhland, Coppée, Russell Lowell, Wetmore Story, Greenleaf Whit- tier y de otras celebridades literarias extranjeras. Avaloran el libro unas extensas notas del eminente crítico Sr. Menéndez y Pelayo. Impreso en Madrid en la Imprenta Alemana, vén- dese el tomo á tres pesetas.



Pergamino regalado por el Ayuntamiento de Barcelona al gobernador civil Sr. Ossorio y Gallardo, en testimonio de agradecimiento por la diligencia y buen celo con que ha contribuído á la reforma interior de esta capital. Obra de A. Saurí-Sirés.

en el Teatro del Casino Comercial de Granollers. Impreso en aquella población en la imprenta de J. Xirau, véndese á dos pesetas.

**REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS.** Concursos pendientes y Catálogo alfabético de sus publica- ciones. - Un tomo de 120 páginas que contiene las condiciones de los concursos de 1909 para optar á varios é importantes premios y además el catálogo de las obras publicadas por la expresada Academia, y que así por su número como por su

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

**ROB**  
**BOYVEAU - LAFFECTEUR**  
\*  
Célebre Depurativo Vegetal  
cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpés, Acné.  
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO  
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, París.  
Todas Farmacias.

**Historia general del Arte**  
Arquitectura, Pintura, Escultura,  
Mobiliario, Cerámica, Metalisteria,  
Glíptica, Indumentaria, Tejidos  
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.  
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

En todas las Farmacias del Globo.  
FUMOUZE - PARIS  
**JARABE DELABARRE**  
Primera Dentición  
Facilita la salida de los dientes  
y previene todos los Accidentes de la Dentición.  
Extiñanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
SOBERANO CONTRA  
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero  
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. - 50 Años de éxito.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,** de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos,** etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
Exigir la Firma WLINSI.  
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. - PARIS, 31, Rue de Selne.

**VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA**  
El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, París, que envía gratis su curioso librito.



MEDALLA REGALADA AL EMINENTE VIOLINISTA SARASATE, POCO ANTES DE MORIR,  
 POR SUS ADMIRADORES VIENESES, OBRA DE ALFREDO ROHLBERGER. De fotografía de Trampus.



El incomparable artista á quien con razón se denominaba «el rey del violín,» tenía en todas las grandes capitales del mundo fervientes admiradores que le colmaban de aplausos entusiastas y de regalos valiosísimos tantas cuantas veces ante ellos se presentaba en sus periódicas excursiones. Recientemente los vieneses quisieron testimoniarle la admiración que por él sentían, y al efecto encargaron al notable escultor de aquella ciudad Alfredo Rohlberger la bellísima medalla que adjunta reproducimos y que le fué entregada poco

tiempo antes de su fallecimiento. En el anverso se ve el busto del violinista sin par, hermosamente modelado, y en el reverso un violín y unas solfas artísticamente enlazadas por unas ramas de laurel. Este ha sido seguramente el último homenaje que recibió el eximio concertista, quien poco después falleció en Biarritz, dejando escrito para siempre su nombre en los anales del arte músico universal.

**AVISO A LAS SENORAS**

**EL APIOL DE LOS DRES**  
**JORET-HOMOLLE**

CURA  
 LOS DOLORES, RETARDOS,  
 SUPPRESSIONES DE LOS  
 MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SEGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
 LOS VERDADEROS Y EFICACES  
 PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
 COLORES PÁLIDOS  
 EMPOBRECIMIENTO  
 de la SANGRE  
 Escrófulas, etc.

**PILULES de BLANCARD**

EXIGIR LA CINA-URE

al IODURO de HIERRO  
 INALTERABLE

DESPONIBLE en las FARMACIAS

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

Depósito: BLANCARD & C<sup>ia</sup>, 40, R. Bonaparte, Paris.

**AGUA LÉCHELLE**

HEMOSTATICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Data de 1849

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES.

Pose y conserva el cutis limpio y terso

Paris. 165, Rue St-Honoré, 165

Las  
 Personas que conocen las  
**PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT**  
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**VINO AROUD**

CARNE-QUINA-HIERRO  
 el mas reconstituyente soberano en los casos de:  
 Clorosis, Anemia profunda, Malaria,  
 Menstruaciones dolorosas, Calenturas.  
 Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

**PATE EPILATOIRE DUSSER**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILAVORE, DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN